FANTASIA SOBRE UN CRONOMOVIL

Clark Carrados

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

FANTASIA SOBRE UN CRONOMOVIL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 407
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 10.009 – 1978

Impreso en España • Printed in Spain

1. ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona • 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando su buen amigo y antiguo condiscípulo Sixtus Schalkreuz le explicó en qué iba a emplear el dinero del préstamo que le solicitaba, Alex Beard soltó un rotundo taco, a la vez que pegaba un bote en el asiento.

—¡Un cronomóvil —exclamó.

—Exactamente —confirmó Sixtus.

—Una máquina del tiempo.

—Dicho en lenguaje vulgar, claro.

—Para viajar a través de las edades.

—Justamente.

—Viajar al pasado...

—Y viajar al futuro. Sobre todo, al futuro, Alex.

Beard miró a su amigo y meneó la cabeza. Más o menos, tenían la misma edad y aún estaban muy lejos de los cuarenta años. Pero Sixtus parecía un búho, con aquellos lentes de cristales de culo de vaso y los pelos alborotados, parte de los cuales salían como matas de juncos desde las sienes y le conferían el inequívoco aspecto de un sabio entregado únicamente a la ciencia. Beard sabía, además, que su amigo Sixtus era un matemático de primer orden, con una facilidad pasmosa para la Física Superior, capaz de hacer juegos malabares con las más intrincadas ecuaciones y para el que las fórmulas matemáticas no tenían el menor secreto.

Beard sabía también que su amigo había inventado un par de aparatitos muy útiles, pero hasta el momento ignoraba que Sixtus había consumido en sus experimentos todo el dinero ganado con las patentes. Por eso se sentía reticente ante la idea del préstamo que Sixtus acababa de solicitarle.

—Pero, bueno, ¿crees que ese cacharro puede ser de alguna utilidad? —preguntó.

— ,Pues claro que sí! Imagínate, trasladarse el pasado, investigar la historia...

—El pasado me deja frío, Sixtus No me gustan las momias y creo que padecería mucho viendo a mil esclavos del Faraón, arrastrando un bloque de granito para subirlo a la Gran Pirámide.

—¿Qué me dices de los viajes al futuro? Dentro de cien, doscientos o quinientos años, se habrán descubierto les remedios para curar todas las enfermedades, absolutamente todas. Podemos ir allí y volver con esas fórmulas mágicas...

—Sí, claro, y curar el cáncer y hacer que el trasplante de corazón sea tan sencillo como empastar una muela.

—Bah, el cáncer hoy ya no es problema. Hay enfermedades mucho peores, sobre todo, una de ellas, para la cual los médicos no han descubierto todavía ningún remedio.

—¿Qué enfermedad es ésa tan horrible? —inquirió Beard, casi aterrorizado.

—Los resfriados y los catarros, Alex. Con tiempo, cualquier enfermedad puede curarse, aun la más maligna. Pero aún no se ha descubierto la fórmula mágica que pueda curar un catarro...

—Sixtus, me parece que tú no quieres a la gente —dijo Beard sentenciosamente—. Tú no tienes idea de lo agradable que, una vez al año, resulta sentir escalofríos, dolor en las articulaciones, cefalalgia y un poco de fiebre. Millones de personas suspiran por esa semana que se tiran en la cama, «cuidando» de su catarrito o de su gripe... ¿Y quieres privarles de ese honesto placer?

Sixtus sonrió de mala gana.

—Bueno, era sólo un punto de comparación —contestó—. ¡Pero, hay tantas cosas en el futuro que podríamos traernos a esta época!

—Y tú tienes la fórmula...

—Pero no el dinero —dijo Sixtus tristemente—. He agotado ya todo mi capital y apenas si me queda para comprar la comida de esta semana.

Beard se compadeció de su buen amigo. Durante unos segundos, se sintió tentado de enviarlo al diablo, pero logró contenerse. Sixtus sabía perfectamente que, en los últimos tiempos, él se había convertido en un hombre adinerado, y no sólo por su aptitud para los negocios, sino porque una anciana tía suya, de la cual era único pariente y que había sido madrina suya cuando le bautizaron, le había dejado la fruslería de doce millones de dólares, más algunas propiedades que casi valían otro tanto. Por ello, Beard pensó que podía hacer sin ningún perjuicio el préstamo que le solicitaba su amigo.

—Está bien —cedió finalmente—. ¿Cuánto?

—Oh, no mucho... Doscientos mil, Alex.

Beard volvió a respingar.

—Sixtus... De acuerdo, doscientos mil —rezongó, mientras se disponía a firmar el cheque correspondiente.

—De buena gana te daría un beso —exclamó Sixtus alegremente —. Alex, te diré una cosa: aparte de tu participación en los beneficios de la patente, permitiré que seas una de las primeras personas en probar el cronomóvil. Bueno, la segunda, porque yo haré la primera prueba, a fin de evitar incomodidades y perjuicios a los siguientes viajeros de! tiempo.

Beard pensó que su amigo gastaría el dinero inútilmente, pero no quiso quitarle las ilusiones.

—De acuerdo, haré un viaje en tu cronomóvil —sonrió, a la vez que le entregaba el cheque ya firmado.

—Te prometo que no te pesará, Alex —aseguró Sixtus.

Al quedarse solo, Beard meneó la cabeza.

—Pobre, se ya tan contento...

Pero un minuto más tarde, se había olvidado ya del científico chiflado que aseguraba era posible viajar a través del tiempo. Tenía trabajo y, cuando terminase la jornada, le esperaba una rubia preciosa con la que esperaba pasar una velada inolvidable.

Pese a su fortuna, Beard era hombre que no dejaba de trabajar un solo día, aunque también dejaba algunas horas para la diversión. Sin embargo, ni el dinero ni su posición se le habían subido a la cabeza y todos los días era el primero en entrar y el último en marcharse de la oficina. Y así, ocupado en su trabajo, pasó un año, durante el cual llegó a olvidarse por completo de su amigo Sixtus Schalkreuz y de los doscientos mil dólares que le había prestado.

Y cuando el cronomóvil que Sixtus había inventado era algo que dormía en lo más profundo de su memoria, un buen día, inesperadamente, recibió una llamada del científico:

—Ven, Alex. El cronomóvil funciona.

* * *

Un tanto receloso, aunque procurando no mostrarlo externamente, Beard entró en el espacioso cobertizo que servía de laboratorio al doctor Schalkreuz.

Lo primero que llamó su atención fue el glóbulo de material transparente que había en uno de los lados del cobertizo. Medía unos dos metros de diámetro y disponía de dos asientos, situados frente a un pequeño cuadro de mandos, situado en un poste cilíndrico, que se hundía en el suelo plano del aparato, éste apoyado sobre una especie de pedestal de unos cincuenta centímetros de altura por uno y medio de ancho. Los asientos eran cómodos y estaban bien tapizados.

En el laboratorio había también multitud de aparatos e instrumentos de control, así como una larga mesa y un par de bancos de trabajos, con diversas herramientas. En el lado opuesto a la entrada, Beard divisó una gran pantalla blanca, frente a la cual se hallaba situado un proyector cinematográfico.

El aspecto de Sixtus era radiante.

—Conque no me creías, ¿eh? —exclamó, después de darle casi una paliza a base de palmadas en la espalda—. Bueno, pues dentro de unos minutos vas a tener ocasión de comprobarlo por ti mismo. Es decir, si piensas cumplir tu palabra.

En aquel momento. Beard maldijo el día en que se le había ocurrido decir que sí a la proposición de su amigo. Luego pensó que no había sido un juramento solemne y que había muchas formas de eludir el cumplimiento de la promesa. A pesar de todo, aún no acababa de creer en que Sixtus hubiese construido una máquina del tiempo y que *funcionase efectivamente*.

Sixtus se situó detrás del proyector, en el momento en que una joven entraba en el laboratorio.

—Buenos días, doctor —saludó la recién llegada.

Beard parpadeó al verla. Era una muchacha de pelo muy rubio, corto, con una figura excepcional, incluso espectacular, sobre todo, debido al vestido que usaba, de una sola pieza y color azul fuerte y que parecía pintado sobre su cuerpo, que tenía todas las gracias físicas del de una diosa. Los ojos eran muy claros y su rostro aparecía casi limpio de maquillaje. Pero lo que más admiró Beard no fueron los senos, altos y llenos, ni la estrecha cintura, sino las piernas, largas, bien contorneadas y de movimientos tan fáciles como los de un felino.

—Ah, Beryl —exclamó Sixtus—. Permítame que le presente a mi buen amigo Alex Beard, el hombre que hizo posible el final de mis trabajos. Sin él, no habría podido acabar la construcción del cronomóvil. Alex, esta chica tan bonita es Beryl Fulbert, mi ayudante y colaboradora, muy valiosa por cierto.

Beard hizo una inclinación de cabeza.

— Encantado, señorita —saludó.

—Es un placer —dijo ella con no menor cortesía.

—Beryl, mi amigo Alex ha venido a probar el cronomóvil —continuó Sixtus—. Ahora bien, para, convencerle de que no fantaseo, vamos a proyectarle la película que tomé hace unos días, en mi viaje a la Era Secundaria.

Beard se sobresaltó.

—¿Fuiste... a esa era donde vivían los grandes reptiles, los mastodontes y demás bichos ya extinguidos?

—Así es —confirmó Sixtus, radiante de satisfacción—. ¿Beryl?

—Sí, doctor —contestó la chica.

Beryl se acercó al proyector y lo puso en funcionamiento, mientras el científico se ocupaba de apagar las luces. Entonces, Beard pudo contemplar escenas increíbles.

Durante un tiempo que le pareció inagotable vio grandes selvas y bosques, ríos caudalosos, enormes bestias, gigantescos reptiles voladores, mastodontes, mamuts, plesiosauros, ictiosauros, tigres de dientes de sable… La escena cambió luego y pudo ver una serie de hombres y mujeres peludos, vestidos con pieles, acribillando a lanzazos a un gigantesco elefante... Luego los vio devorar cruda la carne de su presa y contempló también la pelea de dos hombres

primitivos por una mujer…

Más tarde, vio una colosal hilera de hombres y mujeres que caminaban a lo largo del desierto.

—Moisés y su pueblo, en busca de la Tierra de Promisión —dijo Sixtus.

Beard oyó aquello y se sintió mareado. Las imágenes eran absolutamente reales, no había trucos de «efectos especiales» de un estudio cinematográfico.

—Sixtus…, si fuiste capaz de ver a los hebreos después de su marcha de Egipto…, ¿se te ocurrió viajar a Jerusalén cuando… cuando…?

No se atrevía a completar la pregunta. Y el doctor Schalkreuz le dio la respuesta adecuada:

—Sinceramente, no me sentí con ánimos para contemplar la crucifixión del Señor —dijo Sixtus—. Te imaginas los motivos, ¿verdad?

Beard asintió, tragando saliva. No, su amigo no le había engañado. Allí, delante de los ojos, tenía la prueba del descubrimiento más grande que se había hecho jamás en la historia de la humanidad.

Unos minutos más tarde, concluyó la proyección. Beryl encendió las luces, miró al visitante y sonrió.

—Está muy pálido, señor Beard —dijo—. ¿Quiere una copa de brandy?

—Se lo agradeceré…

Beard tuvo necesidad de sentarse en una silla. El alcohol le hizo reaccionar.

—De todos modos —dijo, pasados algunos minutos—, hay algo que me intriga sobremanera, Sixtus.

—¿Qué es? —preguntó el científico.

—Tu cronomóvil… Yo no entiendo mucho de esos artefactos… pero supongo que no pueden moverse del sitio.. , y por lo que he visto en las películas proyectadas, tú has viajado…

—Oh —sonrió Sixtus—, es que le he dotado de un motor suplementario que le permite desplazarse de un sitio a otro, con rapidez y sin dificultades de ninguna clase. Hay una palanca que acciona el motor… Pero ¿no quieres probarlo?

Beard acabó la copa de brandy.

—Sixtus, yo no tengo muchas ganas…

—Vamos, hombre, no seas cobarde. El manejo no ofrece la menor dificultad. Es tan sencillo como un cochecito de niño y… Anda, ven y verás lo bien que lo pasas.

Beard se levantó. Beryl había abierto la puerta que permitía el acceso al interior del cronomóvil.

—Siéntate —indicó el doctor Schalkreuz—. Mira… ¿Ves el

cuadro de mandos? Por medio de la ruedecilla correspondiente, puedes señalar la fecha a la que deseas viajar. Aquí tienes los días, meses y años y, naturalmente las horas y los minutos. No puse segundero, porque no necesitamos una precisión tan minuciosa del tiempo…

—Una pregunta, Sixtus —dijo Beard—. Tanto si viajas al pasado como al futuro, habrás tenido que situar una fecha como año cero, ¿no?

—Claro. El cronometrador del cronomóvil, valga la redundancia, está graduado a partir del día del nacimiento de Jesús en Belén. Mientras no está en funcionamiento, el cronometrador marcha como si fuese un reloj corriente. Pero tú puedes alterar las cifras a tu gusto y… Bien, ¿adónde quieres ir?

Beard hizo una consulta a sí mismo y sonrió.

—Voy a ver si llego a una época en que hayan curado el catarro —contestó.

Movió las ruedas y marcó el mismo día y el mismo mes del año en que estaban, pero en la esfera correspondiente al año puso la cifra 2.994.

—Voy a mil años en el futuro —exclamó—. Si para entonces no han sabido curar los catarros, es que son unos imbéciles.

—Muy bien, ahora, sólo necesitas presionar la tecla de EN MARCHA… Ah, aguarda un momento, Alex —exclamó Sixtus—. Para los desplazamientos por el espacio, sobre el terreno, mejor dicho, puesto que el cronomóvil no es una astronave, emplea la palanca que tienes delante de ti. Adelante y atrás, para avanzar y retroceder, derecha e izquierda, para virar según te convenga, y dándole mayor o menor inclinación, tendrás más o menos velocidad. ¿Lo has entendido?

—Sí, perfectamente. Bueno, muchacho, voy a por la medicina contra los constipados.

Sixtus retrocedió y Beryl cerró la puerta. Entonces, Beard puso el índice en la tecla correspondiente y presionó a fondo.

CAPÍTULO II

Mientras accionaba la tecla de EN MARCHA, Beard preguntó qué extraño impulso le llevaba a aceptar las proposiciones de su amigo. Debiera haber salido corriendo, sin parar hasta los antípodas..., pero ya era tarde para retroceder.

A través de la pared globular que le envolvía, podía ver el laboratorio —rió sin dificultad. Sixtus y su hermosa ayudante estaban frente a él, contemplándole con la sonrisa en los labios. De pronto, empezaron a verse borrosos.

Un segundo más tarde, el laboratorio y sus ocupantes habían desaparecido de su vista. Beard se encontró envuelto en una espesísima niebla gris, que procuraba un ambiente tétrico y penumbroso, en el que no se percibía el menor sonido.

Era el silencio total, la nada absoluta... Se preguntó si no se habría salido de las dimensiones normales del tiempo y del espacio y estaría ahora viajando en una nueva dimensión, desconocida e incomprensible, en donde todas las leyes físicas quedarían radicalmente alteradas.,

«Ahora no soy más que un espíritu, sin envoltura carnal», pensó, aterrado, al imaginarse que iba a permanecer eternamente en aquella situación.

Pero, de súbito, la penumbra se trocó en claridad un fuerte resplandor inundó la esfera. Beard sintió un levísimo choque y, aunque no había oído el menor ruido, presintió que había llegado al término de su viaje temporal.

Consultó el cuadro de mandos. Delante de él, y sobre un pequeño cuadrante situado sobre las esferas de control, había una fecha, con horas y minutos: 11,44, 3 junio 2994. Era la prueba de que había llegado a la época deseada.

Asombrado y absorto, miró a su alrededor. Hallábase en una llanura cubierta de verdor, con suaves colinas y un río de aguas plateadas que serpenteaba a cierta distancia. A unos dos kilómetros, divisó los relucientes edificios de una ciudad, que no tenía parecido con ninguna de las que él conocía.

La atmosfera era clara, transparente. Beard dudó unos momentos, pero, al fin, un oscuro sentimiento de precaución, le hizo manejar la palanca de movimiento espacial y llevó el cronomóvil hasta situarlo en el centro de una espesa masa de arbustos, que crecían en un bosquecillo de álamos. El lugar no parecía ser frecuentado por la gente y pensó que era el mejor escondite que podía hallar para un aparato tan valioso. Sentíase satisfecho de hallarse en el siglo XXX. pero, se dijo, no le gustaba tener que abandonar para

siempre la época en que había nacido y en la que vivía tan satisfactoriamente,

—Aunque aquí encuentre la medicina para curar los constipados —exclamó, a la vez que abría la portezuela del cronomóvil.

El aire puro y limpio vigorizó sus pulmones. Después de unas cuantas aspiraciones, inició la marcha a pie hacia la ciudad. ¿Qué idioma hablarían en el año 2994?

No le preocupó demasiado. Él hablaba perfectamente inglés, alemán, español y francés y, suponía, los cambios en las estructuras gramaticales y prosódicas no habrían sido demasiado grandes como para no entenderse con los habitantes del siglo XXX.

Porque en aquella época tenía que haber seres vivos, como lo probaba la ciudad hacia la cual se encaminaba.

Durante un cuarto de hora, marchó sin dificultad por un terreno relativamente llano. De pronto, oyó un lejano zumbido.

Volvió la cabeza. A su izquierda, en una hondonada, divisó lo que parecía una línea de ferrocarril. El zumbido se acercó.

El tren que llegaba viajaba sobre un solo carril y brillaba al sol como un largo tubo de plata. Desde la loma, Bear pudo ver la veloz marcha del convoy, que imaginó movido por electricidad, dado el escaso ruido que hacía en su desplazamiento. Un poco más allá, el tren se introdujo en un túnel circular y desapareció de su vista.

La velocidad, calculó, no era menor de los setecientos kilómetros por hora. En este sentido, se dijo, los habitantes de aquella época estaban muy adelantados. A juzgar por lo que veía, la era del petróleo pertenecía ya al pasado.

Un poco más adelante, divisó una larga hilera de hombres que caminaban por una carretera, en formación casi militar o que se le parecía mucho.

Oculto tras unos arbustos, Beard vio que había unos cien hombres, todos vestidos de la misma forma: mono de color gris, con un número en el pecho y 1a espalda, las cifras estaban hechas de un tejido fosforescente. A ambos lados de la columna había guardias uniformados.

Beard sintió una profunda desilusión. ¿Había llegado la civilización del siglo XXX al extremo de no haber suprimido la vieja institución de los condenados a trabajos forzados?

Una cosa le extrañó de los prisioneros, aparte de su relativa juventud y de que todos ellos parecían fornidos y saludables: su mirada.

Aquellos desgraciados caminaban casi mecánicamente, sin mirar a derecha e izquierda, con los ojos perdidos en un punto invisible para Beard. Parecían «zombies», seres no muertos, pero tampoco vivos..., hombres tal vez pertenecientes a una nueva raza de esclavos y ello

acaso como consecuencia del desarrollo de una civilización que había dado por completo de lado el sentido de la humanidad

No obstante, los presos, si lo eran, ofrecían un buen aspecto físico: robustos, fuertes y saludables, pero ello era lógico, se dijo Beard, si estaban considerados como algo que debía producir y que, por lo tanto, se debía mantener en el mejor estado posible. Si aquellos desgraciados eran esclavos, resultaba natural pensar en una raza dominante, cuyos miembros debían de poseer la suficiente inteligencia para conservar en buenas condiciones físicas a los seres inferiores que, evidentemente, trabajaban para ellos.

Los guardianes, observó Beard, aunque uniformados, no llevaban armas. En total, eran una docena y el joven pensó que más que custodiar a quienes no daban la menor señal de rebeldía, debían de ocuparse de dirigir y controlar su tarea. Pero el instinto le hizo saber que no debía verse, al menos en aquellos momentos, y continuó del arbusto, hasta que la larga hilera de presos, con sus guardianes, se hubo perdido de vista al otro lado de una loma.

Las cosas no estaban tan bien como parecía debían estar en el siglo XXX. pensó Beard, cuando reanudó la marcha, un cuarto de hora más tarde.

* * *

Había llegado a las once y cuarenta y cuatro minutos y eran casi las dos de la tarde. Beard paseaba tranquilamente por la ciudad, admirando sus edificios, de líneas audaces y osadas, sin que la gente se fijase en él. Había podido apreciar la sencillez de la indumentaria de los habitantes de aquella época y le parecieron todos contentos y felices.

La ciudad, por otra parte, no era demasiado grande. A juzgar por el volumen de sus edificios y la amplitud de sus calles y avenidas, debía de contener un máximo de doscientos mil habitantes. Quizá había otras ciudades en distintos puntos de la región, pero le era imposible averiguarlo por el momento. Y, por otra parte, tampoco sentía una verdadera curiosidad por alejarse demasiado del lugar donde había dejado su cronomóvil.

De pronto, vio a una pareja que cruzaban oblicuamente por delante de él. Eran un hombre y una mujer jóvenes y bien parecidos, y lo que decían llamó inmediatamente su atención.

Beard siguió a la pareja y entró en un espacioso local, en el que había numerosas máquinas adosadas a las paredes. En el centro, había mesas y sillas. La gente utilizaba las máquinas para obtener comida.

Beard se quedó perplejo delante de una de las máquinas, en donde se divisaban los rótulos de los diferentes alimentos que podían tomarse. Pero la máquina era de un tipo que le resultaba desconocido

y no sabía cómo manejarla.

Otro hombre se situó frente a la máquina contigua y marcó unas cuantas teclas. Beard, discretamente, procuró observar al individuo, quien, al cabo de unos segundos, puso el dedo índice sobre una tecla de color verde, de mayor tamaño que las restantes.

Sin embargo, el hombre, antes de apretar la tecla que Beard supuso de acción para la máquina, hizo algo que le llenó de extrañeza. Inclinó reverentemente la cabeza y dijo:

—Que el Gran Shannadux haga que estos alimentos que voy a tomar, merced a su incomparable sabiduría, me den ánimos para continuar honrando su memoria mientras viva.

Beard parpadeó. No sabía quién era el Gran Shannadux, pero se imaginó que debía de ser alguna deidad a la que adoraban los hombres del siglo XXX. Un poco más allá, una mujer lanzó una invocación semejante. Por tanto, se dijo, debía actuar como un hombre más de aquella época.

Presionó las teclas de PLATO, VASO y CUCHARA, observando que no había la indicación de TENEDOR. Luego señaló SOPA DE PROTEINAS, GUSTO CAMPESINO, AGUA y, finalmente, apretó la tecla de funcionamiento.

Debajo, en un estante, aparecieron un vaso, que se llenó de agua, un plato, sobre el que cayó un fluido espeso, de color verde claro, y una cuchara, todo ello encima de una bandejita, que Beard tomó con ambas manos, yéndose a una de las mesas. Dominando sus aprensiones, metió la cuchara en lo que calificó de menjunje y se la llevó a los labios. Instantes después, comprobaba que tenía un sabor bastante agradable.

Consumió la sopa y la sensación de hambre desapareció de su estómago. Al pie de la mesa, divisó un orificio rectangular y arrojó allí el plato, el vaso, la cuchara y la bandeja. Algo más satisfecho, se disponía a marcharse cuando, de pronto, oyó voces en las inmediaciones.

—Usted no ha pronunciado la invocación debida al Gran Shannadux —exclamó alguien.

Beard volvió la cabeza. A cuatro pasos de distancia, había dos hombres uniformados de la manera que ya conocía, hablando con un tercero que tenía en las manos su bandeja repleta de comida.

—El Gran Shannadux era un hijo de perra y yo trabajo lo suficiente para no tener que deberle nada —contestó el hombre tranquilamente.

—Lo que acabas de decir es una blasfemia. ¿Sabes a lo que te expones?

—Si quieres, volveré a repetirlo, amigo. Y ahora, déjame comer en paz...

El hombre volvió la espalda a los guardias. Uno de ellos, alargó su mano derecha, en la que llevaba un pequeño bastón, y le tocó en el lado derecho del cuello. Instantáneamente, el rebelde se quedó tan quieto como una estatua.

—Síguenos —dijo el guardia.

El hombre dejó la bandeja sobre una mesa, dio media vuelta y, en silencio, empezó a andar hacia la salida. Beard se sintió asqueado, casi enfermo, pero se abstuvo de hacer nada, no sólo porque era un extraño en aquella época, sino porque había podido darse cuenta de que ninguno de los que estaban en el restaurante había alzado la voz en defensa de un hombre que, simplemente, se había limitado a expresar en voz alta sus pensamientos.

Procuró calmar sus nervios y salió a la calle. Los guardias se llevaban a su prisionero en un extraño aeromóvil, que más parecía una alfombra voladora, a la que se hubieran colocado unos asientos. Inesperadamente, alguien habló a su lado:

—Nunca, nunca faltan los desagradecidos que detestan admitir los beneficios que nos proporcionó el Gran Shannadux con su infinita sabiduría.

Beard volvió la mirada y contempló al sujeto con curiosidad. Era un hombre alto, casi de dos metros, De una edad indefinida, pero que, en ningún caso, bajaba de los cincuenta años, y que vestía una sencilla túnica blanca, con orlas rejas y doradas, sujeta al hombro izquierdo por un broche de metal con unos extraños dibujos. La cabeza del individuo estaba completamente pelada y, de su oreja izquierda, pendía un arete de oro.

El hombre se dio cuenta de la observación de que era objeto y se volvió sonriendo hacia Beard.

—Supongo que estarás de acuerdo conmigo —dijo.

—Oh, sí, completamente —respondió Beard con gran rapidez—. Ese miserable merecería todos los castigos que se puedan inventar en este mundo. ¡Blasfemar de nuestro Gran Shannadux es un pecado imperdonable!

—Me complace sobremanera oírte hablar de esa forma. —dijo el hombre—. Pero tu lenguaje suena un tanto extraño... Arcaico diría yo mejor.

—En cierto modo, tienes razón. Yo nací hace más de mil años.

Las cejas del hombre, apenas unas líneas negras sobre las cuencas de sus ojos, se arquearon.

—Una edad muy considerable —comentó—. ¿Cómo lo has conseguido?

Beard sonrió.

—A decir verdad, sólo tengo treinta y cuatro años, pero he llegado aquí en un cronomóvil. Me llamo Alex.

—Yo soy Ummyro —se presentó el sujeto—, ¿Has dicho un cronomóvil?

—Sí, justamente.

—Eso significa máquina de tiempo.

—Exacto.

—No solemos recibir muchas visitas de gente que vivió en el pasado —declaró Ummyro —. ¿Quieres acompañarme a mi residencia, Alex?

—Con mucho gusto.

Ummyro hizo una seña y una alfombra voladora con asientos, pilotada por un hombre de rostro impasible, se acercó en el acto.

—Ven, Alex —dijo el hombre.

Beard ocupó un asiento, detrás del conductor, procurando fijarse en las maniobras que éste realizaba rara guiar el aparato a cierta altura del suelo. Pensativamente, se dijo que Ummyro debía de ser un personaje de importancia, para disponer de chófer propio.

—Sí, ostento un cargo de importancia —dijo Ummyro, como si hubiese penetrado en su mente—. Soy el Rector Supremo, lo que significa, en lenguaje vulgar, el número uno del gobierno.

—Oh...

—A veces, me gusta mezclarme con la gente, para oír sus comentarios personalmente, en lugar de repasar montañas de áridos informes. Se ven y se oyen cosas realmente sabrosas, Alex.

—No me cabe la menor duda. Eso también lo hacía el califa de Bagdad, en Las Mil y Una Noches.

Ummyro rió suavemente.

—Conozco esa leyenda y me agrada la comparación —dijo—. ¿Piensas estar mucho tiempo entre nosotros, Alex?

—¿Cuánto tiempo suelen permanecer los otros visitantes que vienen del pasado?

—Algunos se quedaron para siempre con nosotros, en nuestra época. Otros, regresaron a su tiempo —contestó Ummyro.

CAPÍTULO III

La terraza era un atrevido voladizo sobre un paisaje de ensueño, en el que, sin embargo, había muy poco de natural, apreció Beard, una vez en la residencia de su anfitrión. Pero el conjunto resultaba muy agradable.

Ummyro vino hacia él, con dos copas en las manos. Beard probó el vino rojo que contenían.

—Excelente —elogió.

—Lo adecuado es decir «Por el Gran Shannadux» —sonrió Ummyro—. Pero supongo que es la falta de hábito.

—Te ruego disculpes mi pecado, debido a la ignorancia de las costumbres de esta época —dijo Beard—. Pero ¿quién fue Shannadux, el hombre a quien todos parecen venerar enormemente?

Ummyro hizo una inclinación de cabeza.

—Fue el que moldeó este mundo actual y el que estableció las leyes y costumbres por las que nos regimos desde hace cuatrocientos años —contestó—. Además, inventó, proyectó y realizó una serie de cosas, que han convertido nuestra existencia en algo sumamente placentero, como jamás pudieron soñar los que vivieron en siglos pasados.

—Por ejemplo, las dispensadoras de alimentos.

—Sí, y su uso es gratuito e ilimitado para todos los habitantes de Shannaduxia, que es el nombre de nuestra ciudad, por otra parte, la única poblada de la Tierra.

Beard se quedó helado al oír aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Sólo hay seres vivientes en esta ciudad? —exclamó.

—Bueno, lo correcto sería decir que hay algunos más en ciertos suburbios algo apartados de Shannaduxia, pero son solamente unos pocos millares y no alteran para nada el sistema de vida por el que nos regimos desde hace cuatrocientos años.

—Pero... hace cuatro siglos, la Tierra debía de estar densísimamente poblada...

—Oh, sí, había unos tres mil millones de seres humanos. Antes de Shannadux, sin embargo, se había producido un terrible conflicto, que exterminó a más de cuatro mil millones y produjo daños que no pudieron repararse en más de cien años. Luego, Shannadux estableció el número adecuado de personas que podían vivir en la Tierra, así como el sistema de gobierno por el que debíamos regirnos en lo sucesivo.

—De tres mil millones..., sólo quedan doscientos mil... .

—Los elegidos por sus condiciones físicas y psíquicas. Los demás, simplemente, no podían vivir.

Beard apuró el vino que quedaba en su copa de un solo trago.

—¿Cómo… eliminó a los… los impuros?

—Bien, Shannadux era un reputado psicobiólogo, cuyos estudios le llevaron a una conclusión: había una especie humana, dentro de la especie general, que poseía ciertos caracteres genéticos que los convertían en seres superiores a todos los demás. Shannadux previo el futuro de aquellos seres…, no eran muchos, ciertamente, apenas un millar, y llegó a la conclusión de que debían ser los dominadores de la Tierra. Entonces, investigó y halló un virus que afectaba solamente a los de la especie inferior.

—Y… lo esparció…

—Si —contestó Ummyro con toda naturalidad—. La especie inferior se extinguió en el plazo de unos pocos años y sólo quedaron los superiores, de los cuales descendemos nosotros. ¿Más vino, Alex?

—Sí, por favor —aceptó el joven, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Aquel hombre hablaba de la muerte de varios miles de millones de personas, como si se tratase de la extinción de una plaga de langosta a punto de caer sobre un trigal en vísperas de la siega.

Ummyro llenó nuevamente su copa.

—Pero hoy he visto a un blasfemo… —dijo Beard.

El Rector Supremo hizo un gesto de pesar.

—Nunca faltan seres desagradecidos —manifestó—. Eso pasa siempre en toda comunidad humana, aunque los casos que se dan, por fortuna, son muy pocos.

—¿Qué se hace con los blasfemos, Ummyro?

—Hay trabajes pesados, que alguien debe realizar, Alex.

Beard recordó de inmediato aquella columna de prisioneros que había visto a su llegada. Sí, estaban condenados a trabajos forzados…

Ummyro sonrió.

—Sólo tenemos unos cuatrocientos prisioneros —contestó—. Pero no los matamos, ni mucho menos. Al contrario, su promedio de vida es igual al nuestro, es decir, dos siglos y medio.

—¿Y no tienen esperanzas de liberarse algún día?

—No. La sentencia es siempre ilimitada. Pero les permitimos reproducirse.

—¿Cómo?

—Ven, sígueme, te lo ruego.

Ummyro dejó la terraza y pasó a un vasto salón, decorado con un lujo como nunca había visto el viajero del pasado. La mano de Ummyro trazó un semicírculo en el aire y todo un lienzo de pared, de seis metros de ancho por cinco de alto, se iluminó en el acto.

* * *

Era como si de repente se encontrasen fuera de 5 Shannaduxia,

aunque harto se apreciaba que se trataba de una colosal pantalla de televisión. Beard divisó una especie de campamento militar, con numerosos barracones, y una cerca de recios troncos de madera, por el que pululaban las personas de ambos sexos, todos vestidos de la misma manera. Aparentemente, estaban en período de descanso, pero Beard no vio un solo rostro sonriente ni nadie que intentase distraer el reposo mediante juegos u otra clase de diversión.

Simplemente, paseaban, aunque algunos, sin embargo, estaban sentados. Pero el denominador común era la mirada vaga, perdida en el infinito.

¿Pensarían aquellos desgraciados?, se preguntó.

¿O también les habían privado de la relativa felicidad que eran los recuerdos de tiempos mejores?

Una vez más, Ummyro pareció adivinar sus pensamientos.

—No recuerdan nada —dijo—. Una vez que el delincuente es sentenciado y se le aplica el tratamiento correspondiente, su mente queda completamente en blanco, con respecto al pasado, si bien, como es lógico suponer, conservan la suficiente inteligencia para realizarlos trabajos que se les encomiendan. Incluso los que no saben trabajar en determinada tarea, pasan por la época de aprendizaje correspondiente.

—Y no sienten deseos de escapar a su suerte.

—El deseo de escapar a su suerte procedería únicamente de un estado de infelicidad, en el que ellos no se encuentran.

Beard se sintió aterrado. ¿Qué sistema inhumano habrá creado el hombre a quien todos veneraban como a un dios y que se basaba en la más cruel de las formas de gobierno? Porque poseía la suficiente experiencia en política, podía advertir que incluso los que estaban libres, se hallaban sujetos a la tiranía de unos pocos, situados en lo alto de la pirámide, cuya cúspide, sin duda, era Ummyro. Sí, bien vestidos, alimentados, sin preocupaciones... pero, a fin de cuenta, obedeciendo las reglas de un sistema que no tenía en cuenta para nada la libre voluntad del hombre.

—Hay algo que me preocupa —manifestó—. En Shannaduxia, viven has dicho, doscientas mil personas. ¿No hay temor de un aumento excesivo de la población?

—Los nacimientos están regulados y no superan jamás a las defunciones —contestó Ummyro—. Pero, fíjate y escucha.

Uno de los guardianes apareció de pronto entre los grupos de prisioneros. Llevaba en la mano un pequeño altavoz que acercó a sus labios.

—Número 217, número 391 —llamó.

A los pocos momentos, aparecieron dos personas, hombre y mujer, en cuyas pecheras podían leerse las cifras mencionadas por el guardián. Eran jóvenes, fuertes, robustos y ella, sobre todo, muy

hermosa. Llegaron frente al vigilante y se quedaron quietos.

—Según las reglas, os corresponde aparearos —dijo el guardia —. Sabéis lo que esto significa, supongo.

—Sí —contestaron a dúo los prisioneros.

—Podéis ocupar durante una semana el cuarto número cincuenta y nueve del décimo barracón. Se os suministrarán los alimentos y bebidas necesarias. ¡Marchaos!

Las manos de los dos jóvenes se unieron en el acto. Lentamente, sin prisas se alejaron hacia uno de los barracones situados en un extremo del campamento.

Ummyro soltó una risita.

—Dentro de unos nueve meses, la número tres-nueve-uno tendrá un hijo —exclamó.

—¿Qué será del niño? —preguntó Beard.

—Oh, será un niño perfectamente normal y lo educaremos como persona libre... hasta que haya cumplido veintitrés años y recibido la educación adecuada a sus facultades psicofísicas.

-¿Y...?

—Entonces, pasará al campamento de los seres inferiores.

»Hay que cubrir las bajas», pensó Beard, cada vez más asqueado de aquel inhumano sistema. Pero el instinto le dijo que debía mostrar la más exquisita prudencia, a fin de evitarse contratiempos nada agradables.

Ummyro volvió a reír.

—No es una vida tan penosa como te imaginas —añadió—. Imagínate, antes había guerras, revoluciones, disturbios... Hemos suprimido todos los conflictos y ahora vivimos paradisíacamente, sin preocupaciones, sin enfermedades...

—La gente debe de morir de algo, supongo —dijo Beard.~

—Sí, de viejo. No es posible prolongar la vida más allá de los doscientos cincuenta años, ni nadie, por otra parte siente interés en vivir más tiempo.

—Más tiempo del programado —adivinó el joven.

—Exactamente.

—Eso significa que se practica la eutanasia...

—Bien, sí, pero lo hacemos de un modo muy llevadero, aparte de que todos estamos convencidos de que, tarde o temprano, ha de llegarnos nuestra hora. Al rebasar los doscientos veinte años, se inicia el tratamiento de senectud.

—Aceleración de la vejez.

—En efecto.

—Lo cual significa que muchos podrían vivir más de doscientos cincuenta años.

—Nuestro Gran Shannadux dejó establecida esa cifra corno

periodo óptimo de la vida de un ser humano. Nadie desacata esa regla y yo mismo deberé obedecerla cuando llegue mi hora.

—Aún te faltan muchos años —sonrió Beard.

—Unos ciento setenta y cinco.

—No está mal. La verdad es que pareces ser mucho más joven.

—Gracias, pero ya no cumpliré los setenta y cinco años.,

—Te felicito, Ummyro. Ahora dime algo que me intriga casi desde que te conocí.

—¿De qué se trata, Alex?

—Por lo visto, conocéis los cronomóviles —dijo Beard—. Y antes mencionaste a los viajeros del pasado. Unos se quedan y otros vuelven a su época...

—Los que se quedan, nacieron antes de dos mil quinientos uno, año en el que nació nuestro Gran Shannadux.

—¿Por qué esa cifra? ¿Es que los que nacieron después no podrían quedarse también, si lo desearan?

—Sí, desde luego, aunque ninguno lo hace. Todos se vuelven a su época.

—¿Y los que nacieron antes que Shannadux?

Ummyro sonrió y su sonrisa le pareció a Beard la Je un demonio.

—Los que nacieron antes que nuestro Gran Shannadux no pueden volver a su época, porque podrían interferir la nuestra con sus acciones —contestó el Rector Supremo.

CAPÍTULO IV

Las palabras de Ummyro eran altamente reveladoras. ¿Iba a quedarse para siempre en el siglo XXX?.

Bien pensado, si la escasez de habitantes se hubiese debido a causas imponderables y hubiese existido un régimen político menos severo y con más atención por parte de sus dirigentes a la persona humana, no hubiera tenido el menor inconveniente en destrozar su cronomóvil a martillazos.

Pero ahora se imaginaba fácilmente cuál era el porvenir que le esperaba. Él era un hombre peligroso para el sistema. Venía de una época en donde, con todas sus imperfecciones, había libertad y ni a los peores criminales eran tratados del modo que lo eran los disconformes o pertenecientes a la clase inferior en Shannaduxia. Ya se veía a sí mismo, convertido en un autómata, trabajando como una máquina con figura humana, procreando una vez al año... y con doscientos dieciséis de vida por delante para padecer aquel infierno.

Porque era del género tonto suponer que Ummyro le iba a dejar libre en su ciudad. Ummyro, por el contrario, era muy listo y debía de suponerle una especie de semilla maligna, que era preciso aniquilar antes de que diese fruto. Y esto era algo a lo que no estaba expuesto.

Tales pensamientos cruzaron por el cerebro de Beard en fracciones de segundo. Era preciso largarse de allí cuanto antes, se dijo.

—Bien, bien, la idea me gusta sobremanera —exclamó sonriendo —. Este es un mundo infinitamente mejor el mío y no tengo que decir siquiera que acato la ley con todo respeto. Pero, si no tienes inconveniente, me gustaría tomar otra copa de vino, para brindar por mi futuro en el siglo XXX.

—Oh, sí, por supuesto —accedió Ummyro con amabilidad.

Llenó las copas de nuevo y le entregó la suya. Beard la levantó y miró hacia el techo.

—Por el Gran Shannadux —exclamó, solemne.

—Por el Gran Shannadux —repitió Ummyro.

Y, de repente, el vino de la copa de Beard fue a parar a la cara de Ummyro, quien quedó momentáneamente cegado. Antes de que pudiera reaccionar, Beard le clavó el puño izquierdo en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Luego golpeó su desnuda nuca con el derecho, lanzándolo al suelo completamente sin sentido.

—Quedarme aquí, bastardo —dijo entre dientes.

Era hombre pacífico y aficionado a deportes no violentos, pero sabía cómo usar los puños, en caso necesario, cosa que, se imaginó, en el siglo XXX debía de resultar desconocida o poco menos. La prueba

que acababa de realizar lo había demostrado cumplidamente.

Pero no se entretuvo en disquisiciones. Aún era de día y debía abandonar Shannaduxia antes de que fuese demasiado tarde. Echó a correr hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió, sacó la lengua, dobló el codo izquierdo, con el índice hacia arriba, y apoyó en el hueco la mano derecha. Después de aquel burlón gesto de desprecio, se sintió mucho más aliviado..., aunque todavía no se podía considerar libre.

El piloto personal de Ummyro estaba en la sala contigua. Cuando vio a Beard solo, se puso en pie, vagamente alarmado.

—El Rector Supremo está gravemente enfermo —dijo el joven—. Entra rápido, ha dicho que quiere encomendarte una misión...

El hombre no se lo hizo repetir y corrió hacia la otra estancia. Beard dio media vuelta y siguió moviendo los pies a toda velocidad, hasta alcanzar una pequeña terraza, situada en el lado opuesto y desde la que se divisaba un magnífico paisaje de la ciudad.

Pero él no estaba ahora para entretenerse en contemplaciones estéticas. Felicitándose por la previsión de haberse fijado en el manejo de la alfombra voladora se sentó en el puesto del piloto y empuño la palanca de mando.

El aparato se elevó en el aire instantáneamente. Beard lo orientó en la dirección deseada, mediante un agudo viraje, lanzándolo a continuación a la máxima velocidad hacia el lugar donde había tenido su llegada al siglo XXX.

La gente no se fijó apenas en el vehículo; había otros en el aire y sus ocupantes tampoco dieron muestras de ver nada anormal en el aparato que se dirigía hacia la salida de la ciudad.

Apenas hubo franqueado los límites urbanos, hizo descender al aparato y voló casi a ras de tierra, siguiendo las ondulaciones del terreno. La velocidad de la alfombra voladora, por otra parte, no era excesiva; Beard calculó que no debía de rebasar las sesenta kilómetros por hora. Era un aparato para desplazamientos que no requerían velocidad; si algo bueno había en Shannaduxia era la total ausencia de prisa en sus felices habitantes.

—Felices habitantes... a costa de unos desgraciados convertidos en muñecos vivientes —gruñó.

No tardó en divisar el bosquecillo en donde había escondido su cronomóvil. Entonces, se le ocurrió volver a cabeza.

Sintió un escalofrío. Media docena de aparatos votaran hacia él.

La noticia, adivinó, se había divulgado ya. Resultaba lógico que Ummyro quisiera capturarlo. El Rector Supremo no podía permitir que un hombre del siglo XX volviese a su época, casi seiscientos años anterior a la del Gran Shannadux.

—El Gran Canalla —masculló, mientras refrenaba la marcha del

aparato.

Instantes después, saltaba al suelo. Sí, el cronomóvil estaba allí, apreció, con no poco alivio. Miró hacia sus perseguidores v los vio acercarse en cerrada formación, poco más de quinientos metros.

Disponía de treinta segundos, pero antes de entrar en el cronomóvil, agarró la palanca de mando del aparato volador y la situó en el punto de máxima velocidad y con un ángulo ascendente apropiado. El aparato salió disparado.

Cuando se sentaba ante los mandos del cronomóvil volvió la cabeza a un lado. Los guardias, sorprendido por el inesperado ataque de un aparato sin piloto, se habían dispersado, para evitar una colisión de poco agradables consecuencias. Beard no tuvo que hacer otra cosa que marcar el año 1994; todas las demás coordenadas seguían siendo las mismas, incluso las horas y los minutos, ya que el reloj seguía funcionando con toda normalidad. Presionó la tecla de contacto y el paisaje desapareció de sus ojos, justo en el instante en que dos guardias se disponían a saltar sobre el cronomóvil.

* * *

El automóvil frenó, con tremendo chirrido de frenos, y su ocupante sacó la cabeza y el puño izquierdo para apostrofar al imprudente conductor que había surgido inesperadamente ante su coche. Beard parpadee de asombro al ver que no se hallaba en el laboratorio de su amigo Sixtus, sino en una amplia avenida y a una veintena de pasos de un semáforo que estaba en verde en aquellos instantes.

Durante unos segundos, se sintió desconcertado. ¿Por qué estaba allí y no en el laboratorio?, se preguntó

Un guardia de tráfico se le acercó, con cara de muy pocos amigos.

—Hermano —dijo—, ¿tiene su documentación en regla?

Beard abrió la portezuela del cronomóvil.

—Lo siento, agente; yo no tenía la intención...

¿Cómo iba a decir que el aparato en que se encontraba no era un automóvil vulgar, sino una máquina del tiempo?

Las cejas del guardia se juntaron de pronto.

—Oiga, ¿de dónde ha sacado este cacharro? No se parece a nada de lo que he visto en mi vida..., salvo a un helicóptero, pero no tiene paletas ni estabilizador...

¿Y la matricula? ¿Cómo se atreve a circular con un coche que no tiene la placa de matrícula?

—Pues...

Beard se dijo que no serviría de nada buscar excusas. Detrás de él, los otros conductores, impacientes, empezaban a hacer sonar sus

cláxones. El guardia movió una mano.

—Apártese —ordenó—. Deje que los demás puedan circular.

—Sí, señor.

Beard se sentía desesperado, porque aquel error en el punto de llegada podía acarrear graves consecuencias para su amigo. Cuando se disponía a mover la palanca de desplazamiento terrenal concibió una idea.

Atrasó el reloj treinta minutos y, al mismo tiempo, empuñó la palanca. Luego presionó la tecla y el cronomóvil surgió en un jardín cercano, treinta minutos antes.

El guardia se quedó estupefacto. Miró a derecha e izquierda. Los coches circulaban con toda normalidad. No había un vehículo extraño, carente de placas de matrículas ni se había producido un atasco en el tráfico. Debía de haberlo soñado, se dijo, mientras se rascaba el cogote. Y empezó a pensar en la conveniencia de visitar al psiquiatra de la policía.

Ahora, Beard se había orientado ya y voló a ras de suelo con el cronomóvil, dándose cuenta de que había iniciado el viaje temporal de regreso desde un punto distinto al de llegada. No tardó mucho en avistar el patio de la residencia de su amigo. Entonces, estabilizó de nuevo el horario y abrió la portezuela del cronomóvil

Entró en el laboratorio. Al ruido de la puerta, Beryl se volvió.

—Hola —sonrió Beard.

La chica le miró inquisitivamente.

—¿Dónde está el cronomóvil? —preguntó.

Beard señaló con el pulgar a su espalda.

—Afuera —respondió.

—¿Por qué no ha vuelto al laboratorio, señor Beard?

—Es un poco largo de explicar, señorita Fulbert. ¿Y mi amigo?

—Ha salido. No sé cuándo volverá... Oiga, ha estado mucho rato...

—Sí, lo sé.

—Habrá visto cosas interesantes.

—Muy interesantes. Oiga, usted es más experta que yo. ¿Por qué no mete ese cacharrito en el laboratorio?

Beryl dejó la calculadora en que trabajaba y salió fuera. Un minuto más tarde, el cronomóvil se hallaba de nuevo en su sitio.

—Se .habrá convencido de que el doctor no mentía —dijo al apearse.

—Mi amigo es un hombre genial —contestó Beard—, Pero he visto cosas estremecedoras.

—¿Tan malo es el futuro?

—Horrible.

Ella pareció sentirse asombrada.

—Yo pensé que el futuro de la humanidad sería algo... paradisíaco...

—Sólo para unos cuantos afortunados, alrededor de doscientos mil, que son los habitantes del planeta en el siglo XXX, y que viven en la única ciudad de la Tierra.

—Dios mío, eso no puede ser...

—«Es» —confirmó el joven.

En aquel momento, llegaba Sixtus. Vio a su amigo y lanzó un grito de alegría.

—¡Has vuelto, Alex!

—Pues... sí, he vuelto y con noticias muy poco agradables —contestó el viajero del tiempo.

—Por lo que se deduce, has visto mucho en pocas horas.

—He visto algo que da náuseas sólo de pensarlo —Beard se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho—. Me gustaría saber cómo puedo evitar lo que va a suceder dentro de unos seiscientos años.

—¿Qué es lo que ya a pasar, Alex?

Los ojos del joven brillaron de cólera.

—Un científico chiflado encontrará un virus que matará a tres mil millones de personas —contestó.

* * *

Beryl llenó por segunda vez las tazas de café. Tanto ella como el doctor Schalkreuz habían oído el circunstanciado relato que Beard había hecho de su viaje al futuro y se hallaban sumamente impresionados, ya que, además, no tenían motivos para dudar de la palabra del joven. Pero cuando Beard expuso sus planes, Sixtus hizo un gesto negativo.

—Imposible —dijo—. No se puede influir en el futuro.

—¿Crees que no puedo ir al siglo XXVI, buscar a Shannadux, hablar con él y convencerle de que desista de sus investigaciones?

—Teóricamente, sí, pero...

—Vamos, Sixtus —exclamó Beard, apremiante—. No te andes con rodeos, habla con claridad.

—Alex, ¿te gustaría que yo fuese el pasado, buscase a tu bisabuelo, cuando todavía era soltero, y le pegase tiros? ¿Sabes lo que sucedería entonces?

—Sí, te meterían en la cárcel y luego te ahorcarían. Cuando vivía mi bisabuelo, todavía había pena de muerte...

—Suponiendo que me capturasen, claro. Pero ni tu abuelo ni tu padre ni tú llegaríais a nacer..., porque el bisabuelo habría muerto antes de engendrar un hijo.

—Mi bisabuelo fue una persona decente —protestó el joven.

—¿Puedes asegurar que Shannadux no lo sea?

—Sixtus, ¿qué pensarías tú de un hombre que ha descubierto un virus que ataca a todas las personas, excepto a un millar que poseen determinadas características psicosomáticas... y que dispersa el virus para que mueran todos los que no pertenecen a la clase superior? ¿Lo considerarías una persona decente?

—Bueno, no se puede decir que es un benefactor de la Humanidad...

— Más bien es un asesino, un exterminador! —vocifero el joven.

—Sí, pero nosotros no podemos...

—Quizá tú no puedas, pero creo que yo sí podré —contestó Beard resueltamente—. No sé qué haré ni cómo lo haré..., pero tengo que encontrar alguna solución para impedir que se produzca esa gigantesca matanza.

Beard se puso en pie y se encaminó hacia la salida

—Ha sido una experiencia muy interesante —declaró—. Pero no debieras haberme sugerido la idea de un viaje temporal, Sixtus,

El doctor Schalkreuz hizo un gesto de pesar.

—Todos los descubrimientos científicos tienen su parte negativa —dijo sentenciosamente—. Pero sólo podemos influir en la historia nuestra de cada día, no en la de ayer ni en la de mañana..., al menos, un mañana situado a mil años de distancia. Olvida lo que has visto, Alex.

—¿Olvidarlo? —Beard rió crispadamente—. Tú tendrías que haber estado conmigo en Shannaduxia y ver la forma tan horrible en que son castigados los infelices que cometen algún delito. Sólo con ver aquel deprimente espectáculo, te sentirías impulsado a hacer algo para trasladarte a la época de Shannadux y pegarle cuatro tiros.

Abrió la puerta y salió fuera del laboratorio. Era ya de noche y dejó que la brisa le refrescase la cara, ardiente después de las discusiones sostenidas con su amigo. Al cabo de unos momentos, echó a andar nuevamente hacia su coche, estacionado a poca distancia.

De pronto, oyó la voz de Beryl:

—¡Señor Beard! ,

El joven se volvió. Beryl corría hacia él, con el bolso en la mano.

—¿Le importaría llevarme en su coche? —solicitó, con la sonrisa en los labios.

—Oh, por favor... —Beard hizo un esfuerzo por componer su gesto—. Suba, señorita Fulbert.

La chica se acomodó en el asiento contiguo. Beard dio el contacto y el coche se puso en marcha inmediatamente.

CAPÍTULO V

—Me he dado cuenta de que se siente muy irritado por lo que ha visto —dijo Beryl pasados unos minutos.

—Terriblemente furioso quedaría mejor —contestó él—. Y no sólo por lo que me ha podido pasar. ¿Sabe?, en el siglo XXX se han llevado a la práctica todas las teorías racistas conocidas, asumiéndolas y practicándoos con un rigor del que usted no es capaz de imaginarse tan siquiera. Para los elegidos, por supuesto, es un paraíso, aunque muy relativo, según se mire cuál es su posición real en la sociedad de ese siglo. Sin embargo, ¿era necesario que, para que doscientos mil seres humanos gozasen de un sistema de vida perfecto, muriesen tres mil millones?

—La historia, a veces, tienes esas paradojas...

—No son paradojas, señorita Fulbert, sino miserias, consecuencias de los delirios de una mente enferma de megalomanía racial, como era la del doctor Shannadux.

—Como será, puesto que aún le faltan alrededor de quinientos cincuenta años para nacer —puntualizó la chica.

—Bueno, eso no importa mucho ahora. Pero sí me gustaría evitar lo que va a suceder...

—Antes de Shannadux, hubo un conflicto en el que la Tierra perdió más de la mitad de su población —dijo Beryl—. ¿Va a decirme que también quiere evitar esa catástrofe que, según usted, se producirá dentro de unos doscientos cincuenta años? ¿Considera a los políticos que provocaron o, por lo menos, no supieron evitar ese conflicto, menos culpables que Shannadux? ¿Piensa erigirse en el justiciero que arregle los males de la humanidad, antes y después de nuestra época?

—Pues... —dijo el joven, desconcertado.

—Si piensa de ese modo, viaje a Roma y evite la esclavitud y los juegos bárbaros en el circo y los martirios de los cristianos... y evite las guerras de religión en Europa. . y las matanzas de indios por los europeos... y las matanzas de toltecas por los aztecas y la esclavitud en que los incas tenían sumidas a las castas inferiores... y evite también la miseria y el hambre en China y la India... y evite también la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial y la bomba atómica... ¿Puede hacerlo?

—Por favor, Beryl —rogó Beard, abrumado.

—Ha visto un sistema político basado en la injusticia, es cierto, pero ¿por qué no lucha, en esta misma época, contra la corrupción de ciertos políticos, contra las especulaciones, contra el gangsterismo...? Alex, y perdone que le llame así, hay cosas contra las que no se puede luchar, so pena de acabar como don Quijote con los molinos de viento.

—Me está desanimando —se quejó él.

—Trato de hacerle ver la realidad de las cosas —sonrió Beryl—. Imagínese ahora que vuelve usted a la Era Secundaria y, con los conocimientos actuales, trata de preservar de !a extinción a los grandes saurios y que quiere educar al hombre de Cromañón según los módulos que conocemos.

—El hombre de Cromañón vivió sólo hace veinte o treinta mil años...

—Es lo mismo; yo le cito solamente épocas, como puntos de referencia, sin demasiada precisión en las fechas. Vaya a Tiro y a Sidón, tres mil años antes de Cristo, y enséñeles nuestra moneda actual, a ellos, a los fenicios, que inventaron la moneda... Alex, es cierto que un hombre puede modificar el curso de la historia pero no alterar la que ya ha sido. Hágase político y proponga un programa atractivo y consiga partidarios., y habrá modificado la historia por medios lógicos y eficaces. Pero no se le ocurra viajar hacia atrás en el pasado y matar al bisabuelo del actual presidente de los Estados Unidos, sólo porque usted pertenezca partido de la oposición. Si no le gusta su política, luche contra él por los medios que nuestro sistema pone a su alcance.

—Bueno, pero yo no soy de los que van por ahí, como predicadores, diciendo que esto es justo y esto otro no lo es...

—Entonces, prefiere salir al campo, en su «Rocinante» y con el escudo y la lanza.

—Oh, Beryl, se lo ruego una vez más. Me siento perdido, lleno de confusión... Pero si usted hubiese visto a aquellos desgraciados... Pensaría de modo muy distinto, créame.

—Lo pienso ya, Alex. Sin embargo, opino que no podemos hacer nada. Supóngase que viaja hasta la época de Shannadux y que lo mata...

—Si lo hiciera, trataría solamente de persuadir a abandonar sus investigaciones —dijo Beard.

—Pero acabaría disparando contra él, y tal vez, entonces, queriendo evitar una catástrofe, provocaría otra mayor.

—¿Una catástrofe mayor que la muerte de tres mil millones de seres humanos? ¿Cuál, Beryl?

—Acaso la total extinción del género humano. Alex, es cierto que en el siglo XXX se vive en la injusticia, pero las injusticias se corrigen con el paso de los años. Alguien, un día, se rebelará...

'—Yo vi rebelarse a uno y lo convirtieron en «zombie» instantáneamente.

—Un día, repito, desaparecerá ese estado de cosas. El imperio romano duró mil años y desapareció, y también son polvo los imperios que le siguieron, y no hablemos de los que le precedieron. La era del sistema Shannaduxia acabará por caer en el polvo de la historia. Es

una ley inexorable, a la cual no ha escapado jamás ningún grupo o sistema político, Alex. Beard sonrió.

—Me está dando una bonita lección de historia —dijo.

—Trato de hacerle volver a la realidad y evitar que cometa una imprudencia —respondió la chica tranquilamente—. Bueno, Alex, ya hemos llegado —exclamó de pronto.

Beard paró el automóvil. Ella se apeó y le tendió la mano.

—Adiós, Alex —se despidió.

—Eh, no tanta prisa —sonrió el joven—. Volveremos a vernos, supongo.

Beryl dudó un momento.

—Ya sabe dónde encontrarme —respondió al cabo. Y luego, graciosa y ágil como una ninfa de los bosques, cruzó la acera y se metió en la casa.

Beard movió la cabeza, mientras arrancaba de nuevo.

—Una chica encantadora —murmuró.

Pero luego el pensamiento de lo que había visto en el siglo XXX le puso nuevamente de mal humor.

Además, el instinto le dijo que Ummyro no permanecería inactivo.

—¿Qué hará? —se preguntó.

* * *

*«**Orden especial n.° 14-F. Prioridad absoluta.***

Del

Rector Supremo

al

subjefe de guardias E. Kaythan, n.° matrícula R-607 A.

El mencionado en esta orden especial deberá trasladarse al siglo xx, año de 1994, localizará al llamado Alex Beard y destruirá su cronomóvil, actuando en la forma necesaria para que pierda la memoria de todo cuanto se relacione con los viajes temporales.

Orden adicional:

Si Alex Beard se resistiera, el subjefe E. Kaythan deberá darle muerte.

Firmado: Ummyro, Rector Supremo, y en nombre y por mandato del consejo de gobierno de Shannaduxia y para preservar la memoria y los beneficios

que nos legó el Gran Shannadux.»

* * *

—He decidido hacer un viaje al siglo xxvi —dijo Beard días más tarde.

Beryl le miró consternada.

—No ha abandonado sus propósitos —murmuró.

—Lo siento.

—Puede resultar peligroso...

—Estoy decidido.

—Está bien. Dígame cuál es su plan.

—Buscaré a Shannadux y hablaré con él.

—Si lo que le contaron de Shannadux es cierto, tendrá que enfrentarse con un fanático.

—Me lo imagino, Beryl. Pero creo que tengo el remedio para ciertos fanatismos.

—La amnesia.

Beard sonrió.

—Quizá.

Beryl reflexionó durante unos segundos.

—Está bien —dijo al cabo—. Aprobaré su plan, con una condición.

—¿Aprobará mi plan?

—Está pensando que no tengo ninguna autoridad sobre usted ni sobre el cronomóvil, ¿verdad?

—Hombre...

—Le diré una cosa: he llegado a conocer ese cronomóvil tan bien como usted. No lo inventé, por supuesto, pero ahora sería capaz de construir otro idéntico con los ojos cerrados.

—Bueno, de todos modos, no hay prisa —rió Beard—. Sí mi amigo Sixtus no quiere prestarnos el cronomóvil yo financiaré muy gustoso la construcción de otro.

Ella hizo un gesto negativo.

—Este funciona perfectamente —dijo—. Y, sinceramente, su amigo se ha desentendido ahora de los cronomóviles.

—¿Qué está diciendo, Beryl? —se asombró el joven—. Creí que era la pasión de su vida.

Beryl lanzó una risita maliciosa.

—El doctor Schalkreuz ha juzgado que ya es la hora un tomarse un merecido descanso y anda ahora compartiendo sus afanes con una linda viudita, más o menos de su misma edad y dueña de una saneada fortuna. Eso de compartir sus afanes es, naturalmente, un eufemismo, Alex.

—Ya —sonrió el joven—. Harto me imagino lo que está

pasando, aunque nunca llegué a ver a mi amigo como un libertino.

—Sixtus no es un viejo precisamente. Pero lo más interesante es que tengo la llave de su casa. El y la viuda están ahora dorándose al sol en una playa de las Bahamas.

—De modo que tiene la llave...

—Soy la dueña de la casa durante, por lo menos, dos semanas.

Beard se acarició el mentón con gesto pensativo,

—Apostaría algo a que usted siente la tentación de acompañar a don Quijote —exclamó.

—Sí, en efecto. No comparto muchas de sus ideas, pero estimo que resultará fascinante hablar con el doctor Shannadux.

—Muy bien —dijo él—. Y ¿cuándo emprendemos el viaje?

—Tengo que resolver unos asuntos personales, que no admiten dilación, precisamente por haberlos dejado descuidados mucho tiempo. Deme dos días, Alex.

—Concedido.

Beryl consultó su reloj.

—Estamos a 16 de junio de 1994 y son las nueve de la noche. El día 19, a las nueve en punto de la mañana, le aguardo en el laboratorio.

—Hecho —respondió Beard instantáneamente.

Habían cenado juntos y, al terminar, Beard propuso a la muchacha asistir a una función de teatro, invitación que ella denegó, debido a que tenía que madrugar al día siguiente. Cuando ya se despedían, en la puerta de la casa de Beryl, él se dio una fenomenal palmada en la frente.

—Acaba de hacer usted el gesto característico del que se ha olvidado algo importante —adivinó Beryl—. ¿Qué es?

—La medicina infalible contra el catarro. Se me olvidó preguntarle a Ummyro.

Ella se echó a reír.

—Con las prisas que tenía para escapar de allí, lo encuentro perfectamente lógico —respondió.

* * *

Puesto que no sabía el tiempo que pasaría en el siglo XXVI, Beard juzgó conveniente hacer algunas compras de equipo que transportaría en el cronomóvil. Ropa de invierno y algunos víveres, más una pistola y un cuchillo, así como una cámara fotográfica, fueron los objetos que compró y puso en una maleta, asimismo adquirida en el mismo establecimiento. Al terminar, salió a la calle y se dispuso a colocar todo en el maletero de su coche.

Entonces, inesperadamente, oyó una exclamación de disgusto:

—¡Puah, qué ambiente! No sé cómo podían vivir las personas en

esta época...

Aquellas palabras llamaron la atención del joven. Volvió la cabeza y divisó a corta distancia una hermosa muchacha, de pelo intensamente rubio y ojos muy azules. Vestía con sencillez y parecía contemplar con notorio desagrado cuanto la rodeaba.

—¿Puedo servirle en algo, señorita? —dijo Beard cortésmente—. Parece forastera...

Ella le miró con curiosidad.

—Sí, soy forastera —admitió—. Tú eres de aquí.

—En efecto, Mi coche está a su disposición, señorita...

—Kaythan, Edith Kaythan. ¿Cómo te llamas tú?

—Dick Jones. Mucho gusto, señorita Kaythan.

—Llámame Edith, simplemente. Entre nosotros no se usan los tratamientos.

—Oh, sí, una forma de conducta muy cómoda. ¿Tienes que ir a alguna parte? Yo conozco bien la ciudad...

Edith se inclinó un poco hacia adelante.

—Tu cara me resulta conocida —exclamó.

—No me digas. Es la primera vez que nos vemos... ¿Subes o no?

Ella acabó por acceder y se sentó junto a Beard.

—Esta sucia, apestosa y maloliente ciudad —dijo, visiblemente disgustada.

—Hombre, tendrías que haberla conocido hace cuarenta años. Entonces, ni se veía el sol, de la contaminación de los automóviles.

—No veo que el número de automóviles haya decrecido.

—Ya quedan muy pocos con motor de combustión interna. La mayoría son eléctricos. A propósito, ¿tienes alojamiento?

—Aún no, Dick.

—Puedes quedarte en mi apartamento...

—¿Tratas de seducirme?

Beard la miró de reojo.

—Si ésas fuesen mis intenciones, te lo diría de inmediato —contestó casi malhumoradamente.

—Y yo no aceptaría, porque aún no es mi época.

—Ah, ya, estás menstruando...

—No seas tonto; quiero decir que no me ha llegado aún la hora de concebir un hijo.

Beard cerró los ojos. Ahora, más que nunca, estaba seguro de que la casualidad le había hecho encontrarse con una agente enviada por Ummyro. Pero ¿era posible que un hombre de la inteligencia da Ummyro hubiese enviado a una persona tan torpe?

Quizá había una explicación: la falta de costumbre de enfrentarse con situaciones insólitas. Probablemente, los viajeros del pasado que procedían de una fecha anterior al nacimiento de

Shannadux se habían quedado en Shannaduxia a la fuerza. Ninguno de ellos había tenido la ocurrencia de golpear al Rector Supremo y escapar antes de ser capturado.

Y ahora, lógicamente, enviaban un agente a su pasado, para quitarle de en medio y evitar así sus posibles reacciones contra el hombre a quienes los habitantes del siglo XXX habían convertido en un dios.

—Bueno, pero hay anticonceptivos —dijo.

—Eres un tipo libidinoso, un obseso sexual —le reprochó Edith —. ¿No sabes pensar en otra cosa?

—¿No pensáis en el sexo en tu pueblo?

—Usamos… calmantes, que anulan el impulso sexual hasta que llega el momento propicio para el apareamiento.

—¿Todos?

—Todos.

—Pero habrá alguna excepción… el presidente del… consejo municipal.

Edith vaciló. Beard sonrió para sus adentros. Sí, también los hombres del siglo XXX creaban leyes con excepciones… para los situados en puestos elevados.

CAPÍTULO VI

Cuando llegaron a su casa, Beard enseñó a la joven las distintas habitaciones. Edith lo vio todo con rostro displicente, haciendo continuamente comentarios nada favorables. Beard decidió darle una buena lección.

—Querrás beber algo, supongo.

—Agua. No pruebo el alcohol —contestó ella.

—Ah, en tu pueblo sois abstemios.

—Sí. Desconocemos los licores, el café, el tabaco...

Beard pensó en el vino tan exquisito con que le había obsequiado Ummyro. El engaño era dirigido no solamente a los condenados, sino a la inmensa mayoría de la población. Incluso se sentía capaz de apostar a que Ummyro tenía una amante o, al menos, una mujer para su cama, cuando necesitase apagar sus ardores sexuales.

—Bueno, al menos me permitirás que te prepare un consomé al jerez.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Oh, un caldo alimenticio, al que se le agrega el jugo de unas plantas aromáticas...

Riendo para sus adentros, Beard fue a la cocina y abrió una lata de sopa, que puso al fuego, calentándola moderadamente. A continuación, abrió una botella de coñac y arrojó en la sopa el equivalente de dos copas. Pocos momentos más tarde, volvía a la sala.

—Está buenísimo —dijo Edith poco después, con los ojos muy brillantes.

—Anda, termínalo —sonrió Beard.

Le había llevado el consomé en un gran tazón y Edith lo vació sin hacerse de rogar más veces. Cuando terminó, se puso en pie y dio una voltereta sobre su cabeza.

—¡Hiiiii...! —gritó—. Viva, viva... Yaaaa...

Board sonrió.

—Sigue, sigue, preciosa...

Edith se puso a bailar como una loca. Al cabo de unos minutos, después de' una vuelta completa sobre sí misma, se derrumbó sobre el diván, respirando afanosamente.

Beard encendió un cigarrillo. Después de unas cuantas bocanadas de humo, se inclinó sobre la joven.

—Edith, ¿me oyes?

—Sí... —tartajeó ella—. ¿Qué..., qué quieres?

—¿Dónde está tu cronomóvil?

—En... un parque... Hay una estatua de una mujer casi desnuda

con un animal de cuernos al lado...

Beard recordó la estatua en el acto.

—Vamos a recoger el cronomóvil —dijo—. Si la policía lo ve, te lo quitará. Anda, levántate.

Ella hizo un esfuerzo y le miró con ojos vidriosos.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—El agente Jones. Ummyro me envió antes que a ti, para prepararte el terreno.

—¡Qué raro! No me dijeron nada...

—Anda, vamos. Luego te lo explicaré todo.

Torpemente, Edith se puso en marcha. Beard la sostenía por un brazo. Así consiguieron volver a la calle, sin llamar demasiado la atención.

Minutos más tarde, estaban en el parque. El cronomóvil había quedado en un lugar escasamente concurrido. A Edith le duraba todavía la borrachera, tan hábilmente provocada por su acompañante.

Beard la metió en el aparato, que se diferenciaba muy poco del de su amigo. Iba a retirarse ya cuando, de repente, se le ocurrió una idea.

Sacó su agenda, escribió unas líneas, arrancó la hoja y la puso en el escote de Edith, que había vuelto a quedarse dormida. Luego marcó las cifras del viaje al futuro y dio un salto hacia atrás.

El cronomóvil desapareció en un santiamén.

* * *

Ummyro leyó el mensaje, con el rostro deformado por la rabia, mientras Edith permanecía en pie, frente a él, roja de vergüenza. Edith temía lo peor; también había leído el mensaje y, además, había fracasado.

—Lo que dice ese hombre no es cierto —exclamó Ummyro de pronto—. Yo también me atengo a las leyes y no llamo a una mujer cuando siento deseo de apagar mis ardores ni me emborracho. ¿Está claro, subjefe Kaythan?

—Sí, señor.

—Te encontraste con el hombre al que se te había encomendado buscar y no supiste reconocerle.

—El ambiente en el siglo XX es muy distinto. Yo me sentía aturdida, tanta gente, tanto ruido... Además, él me hizo beber una extraña pócima, que anuló mi voluntad...

—Ya, pillaste una monumental borrachera.

—Era sopa, señor.

—A la que, sin duda, había añadido algún licor.

—Lo ignoro, señor. Me pareció excelente...

—No me extraña —dijo Ummyro, burlón—. Está bien, subjefe

Kaythan; voy a darte una segunda oportunidad. En cierto modo, yo también soy culpable de su fracaso. Alex es el efecto y no la causa... y es precisamente ésta la que debemos atacar.

—No entiendo, señor.

—Te lo explicaré luego.

Ummyro contempló durante unos segundos a la hermosa joven que tenía ante sí y sonrió ligeramente. Se acercó a su mesa, hurgó en un archivador mecánico y, al fin, sacó una tarjeta.

—Edith, permíteme que te llame así... Según la computadora, te ha llegado la hora de la procreación.

—Oh —dijo ella.

—Es una agradable coincidencia —añadió Ummyro—. La computadora ha dicho que yo debo ser tu pareja. No tendrás nada que oponer, supongo.

—Será un honor para mí ser tu pareja, señor.

—Bien, entonces vamos al dormitorio... Ah, la noche es larga y tendré tiempo suficiente para explicarte la nueva misión que debes llevar a cabo en el siglo XX.

Aquella noche, Edith durmió muy poco. Más de una vez, acongojada, se preguntó si Alex no había tenido razón al delatar ciertos hechos que ella nunca había imaginado pudieran producirse.

También se preguntó cuántas jóvenes más habrían sido llamadas por la «computadora». Cuando Ummyro la poseía, se preguntaba si no estaba siendo el juguete de un desaprensivo. Y las dudas acerca de la bondad y la justicia del sistema empezaron a infiltrarse en su cerebro.

* * *

—No creo que hicieras bien —dijo Beryl cuando se enteró de lo sucedido.

—¿Por qué?

—En tu lugar, yo habría inutilizado el cronomóvil.

—No habría dado resultado —contestó Beard—. Ummyro, sin duda, debió de fijar un plazo para el regreso de Edith. Al observar que no volvía, hubiera enviado a otro... con lo que habríamos estado en las mismas. Prefiero que sepa lo que ha pasado, porque así está enterado de que no nos encontrará desprevenidos.

—Es posible que tengas razón —convino la muchacha—. Pero ¿por qué enviar a una mujer?

—Edith era muy guapa... Perdón, será muy guapa. Ummyro, sin duda, debió de pensar que podía seducirme, pero, sin ánimo de parecer orgulloso, Edith se portó de un modo absolutamente torpe. Pienso que tal vez influyó también en ella el encontrarse en una época diametralmente distinta a la suya. Estaba desconcertada, fuera de su ambiente por completo...

—Y, siendo abstemia, conseguiste que se embriagase.

—Bueno, le preparé un consomé al jerez... pero había dos buenas copas de coñac —rió el joven—. Incluso a mí me habría alterado un poco, cuanto más a una persona abstemia. Pero esto es ya agua pasada. Beryl, ahora lo que interesa es lo que vamos a hacer en el siglo XXVI.

Ella se puso seria de pronto.

—No tengo la menor idea, Alex —manifestó.

—Yo, sí. Pero lo primero que debemos hacer es... ¿vuela el cronomóvil?

—Por supuesto, aunque no es precisamente un cohete.

—Para lo que yo quiero, es suficiente. Beryl, vamos a, desplazarnos a casi seiscientos años en el futuro y no me gustaría materializarme en algún lugar ya ocupado. Dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio, es una ley física inmutable.

—Sí, es cierto.

—Por tanto, creo que elevándonos a mil metros, no tropezaremos con inconvenientes. Desde la altura, exploraremos el suelo y veremos cuál es el sitio más adecuado para aterrizar y esconder el cronomóvil mientras buscamos a Shannadux.

—Muy bien. Ahora, supongamos que encuentras a Shannadux. ¿Qué harás cuando lo veas?

—Pues... Hablaré con él y según lo que me diga decidiré.

—¿Decidirás un asesinato... sólo porque haya a mil años de distancia un sistema político que no te gusta?

Beard apretó los labios.

—¿No te parece que lo primero es encontrar a Shannadux? Mientras no lo tengamos delante, no puedo predecir lo que haré. De todos modos, puedes estar segura: nunca he matado una persona y no creo que ahora vaya a romper esa regla. ¿Estás lista?

—Sí —respondió la muchacha.

Beard marcó las cifras correspondientes a la época adonde se trasladaban. Un minuto más tarde, habían llegado a su destino.

* * *

Desde lo alto, vieron una población no muy grande, de calles tiradas a cordel, con algunas anchas avenidas y varias plazas. Una de ellas, la mayor de todas, parecía ser el centro en el que confluían muchas personas, sin duda para presenciar algún acto público que iba a desarrollarse a no tardar mucho.

Beard se felicitó de la precaución tomada al elevarse a mil metros. Justo bajo su vertical se hallaba un macizo edificio de piedra, en el que hubieran materializado sin la menor duda. El choque, a una velocidad espaciotemporal, de seiscientos años por minuto, habría

resultado espantoso.

Descendió lentamente, en ángulo, hacia uno de los parques contiguos a la plaza, en donde había el suficiente arbolado para que el cronomóvil pudiera pasar desapercibido. Cuando tomaban tierra, vieron pasar un par de ambulancias a toda velocidad, haciendo aullar sus sirenas.

Eran unos aeromóviles de líneas muy estilizadas, movidos por antigravedad, dedujo Beard, pero con las mismas características de todos los vehículos similares. Casi antes de poner el pie en el suelo, vieron cuatro ambulancias que volaban en dirección opuesta.

—¡Caramba! —exclamó Beard—. Diríase que hay una guerra...

Caminaron unos cuantos pasos. De pronto, delante de ellos, se derrumbó un hombre que se movía con pasos vacilantes, se derrumbó y cayó al suelo.

Beard se precipitó a socorrerle.

—Amigo, ¿qué le sucede? —exclamó.

El hombre le dirigió una patética mirada.

—No me toque... Estoy muriéndome... y no vale la pena hacer nada por mí...

—Todavía está vivo —dijo Beryl—. Buscaremos una ambulancia...

—¿Una ambulancia? Pronto no habrá ya conductores... Cada vez hay menos ambulancias... y médicos y enfermeras... Ese maldito virus... Si me muero ahora... lo siento únicamente por no poder ver...

La voz del sujeto se debilitó rapidísimamente. Unos segundos más tarde, dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.

Beard y la muchacha cambiaron una mirada. Ambos se sentían inquietos, terriblemente aprensivos, porque no comprendían nada de lo que sucedía.

—Será mejor que salgamos del parque. Tal vez encontremos un guardia al que explicaremos lo que ha pasado —propuso Beryl.

El joven se tiró del labio inferior.

—Ha hablado de un virus —murmuró, recordando la conversación sostenida con Ummyro—. ¿Será posible que...?

Un poco más adelante, vieron a una pareja de sujetos uniformados, que se paseaban tranquilamente por el parque.

—¡Eh, guardias! —llamó Beard.

Los policías se volvieron.

—¿Podemos servirle en algo, señor? —preguntó uno de ellos.

—Creo que sí, agente. Allí hay un hombre muerto... Le vimos agonizar, pero no pudimos hacer nada por salvarle...

—Ah, otro muerto... Bien, informaremos a la Sanidad, pero no sé cuándo podrán enviar a recoger el cuerpo. Sigan, sigan y no se preocupen de más.

Beard parpadeó, asombrado.

—Oiga, ¿cómo es posible que usted, un hombre al servicio de la ley, no se preocupe por un suceso en el que está involucrada la vida de un ciudadano? —exclamó, lleno de irritación.

—¿De dónde sale usted, hermano? —contestó el policía despectivamente—. Deje en paz al muerto y piense que usted estará como él dentro de muy poco tiempo... como lo estaremos todos. Sigan su camino, y si tienen humor, vayan a la Plaza Central a presenciar el espectáculo que todos están deseando ver. ¡Circulen, circulen! —concluyó el guardia con acento lleno de rebosante mal humor.

Beard decidió ser prudente y tiró del brazo de la muchacha, llevándosela lejos del parque. Beryl, a los pocos pasos, se volvió y gritó:

—¡Eh, agente! ¿Qué espectáculo es ése?

—La ejecución del doctor Shannadux —contestó el policía.

CAPÍTULO VII

Beard se sentía consternado. Ummyro no le había hablado del fin que había tenido el venerado Shannadux, pero no lo había hecho por pudor o quizá por no considerarlo necesario. Ahora caminaban en medio de una riada de gente, de la que brotaban comentarios furiosos de forma casi ininterrumpida, sin atreverse a despegar los labios.

De cuando en cuando, un hombre o una mujer caían al suelo. Algunas voluntarios los apartaban a un lado y los dejaban morir, sin hacerles el menor caso. Era una situación horrible, pensó Beard, quien empezaba ya a arrepentirse de sus impulsos regeneradores. Lo que debía suceder, sucedería, y no había forma humana de evitarlo.

Súbitamente, se encontraron en la plaza. Entonces vieron el patíbulo.

Beard había contemplado algunos en películas históricas y apreció que sus constructores debían de haberse inspirado en grabados antiguos para reproducir el fúnebre artefacto con toda fidelidad. Sin embargo, aquel patíbulo se diferenciaba de los antiguos en la altura de la plataforma, que distaba veinte metros del suelo. Era, sin duda, para que todo el mundo pudiera contemplar el espectáculo. Por lo demás, se trataba de una ejecución en la horca.

La plataforma del cadalso estaba a un par de metros de un gran edificio de piedra, unida al mismo por una ancha pasarela, que terminaba en una gran ventana, cuyo dintel había sido elevado, a fin de permitir que las personas pudieran entrar y salir por el hueco, sin necesidad de agachar la cabeza. Beard entendió también que los jueces habían tomado aquella precaución a fin de evitar un linchamiento.

De súbito, se oyó un terrible clamoreo.

Varias personas acababan de aparecer en la puerta e iniciaban ya el cruce de la pasarela. Había varios guardias, un par de hombres con togas negras y alzacuellos blancos... y el condenado.

Shannadux estaba en mangas de camisa, con las manos atadas a la espalda. Era un hombre robusto, de cabello entrecano, ojos penetrantes y nariz aguileña, y contemplaba a la muchedumbre con una sonrisa llena de desdén. Para Beard, no cabía la menor duda; era y se consideraba un hombre de la clase superior.

El grupo llegó a la plataforma del patíbulo y uno de los hombres de toga se adelantó, con un papel en la mano. Un guardia sostuvo delante de él un micrófono. La multitud- guardó silencio como por ensalmo.

—¡Atención todos! —dijo el juez—. Se va a proceder a la lectura de la sentencia dictada contra Raymond Gerard Shannadux.

El silencio era absoluto. Beard oyó claramente las acusaciones contra Shannadux, todas las cuales, según la sentencia, habían sido debidamente probadas. Asimismo, la sentencia se había derivado de un juicio justo e imparcial, en el cual el acusado había gozado de todos los derechos que le confería la ley.

—Por tanto, y habiendo sido hallado culpable de los cargos que se le imputaron, Raymond Gerard Shannadux fue condenado a muerte, mediante el procedimiento de la horca.

El juez se volvió hacia el reo.

—¿Tiene algo que decir antes de que se cumpla la sentencia? —consultó.

El condenado dio dos pasos hacia adelante.

—¡Sí! —gritó—. ¡Quiero decir que lo que he hecho es justo! ¡El mundo pertenece a la raza superior y los débiles deben morir! Yo voy a morir ahorcado, pero mi semilla ha sido sembrada, fructificará y nada ni nadie lo podrá impedir.

El juez hizo una seña y dos guardias se apoderaron de Shannadux y lo situaron sobre la trampilla.

Otro guardia le puso la cuerda al cuello. Un cuarto se le acercó con un capuchón, pero entonces alguien gritó que le dejasen libre la cara, para verle cómo moría. El grito se convirtió en un rugido que azoró a los guardias. Uno de ellos, a fin de acabar cuanto antes, movió la palanca y Shannadux se precipitó por el escotillón, en una caída de tres metros.

Beryl volvió la cabeza para no ver las últimas convulsiones del ahorcado. Súbitamente, la muchedumbre se precipitó hacia el patíbulo. Beard presintió el motín y tiró de la muchacha en sentido opuesto.

Minutos después, llegaban a un lugar despejado, desde el cual, no obstante, se oían los ruidos del tumulto. Beryl, apreció el joven, se sentía terriblemente impresionada.

—Creo que tenías razón —dijo él—. No deberíamos preocuparnos de la historia futura, porque no está en nuestra mano modificarla. Lo mejor será que nos volvamos a nuestra época y olvidemos todo lo que sabemos.

Ella asintió en silencio. Aún no tenía fuerzas para hablar.

Pero, de pronto, agarró el brazo de Beard y le miró con ojos llameantes.

—Alex, ¿te das cuenta de cuál es nuestra situación en estos momentos? —exclamó.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir?

A cuatro pasos de distancia, una mujer agonizaba, sin que nadie le hiciera caso. Beryl se la señaló con el mentón.

—Mira esa desgraciada —murmuró—. Ummyro te lo dijo y

aquel infeliz que murió delante de nosotros habló de un virus... Es posible, casi seguro, diría yo, que ese virus se haya infiltrado ya en nuestros cuerpos. Por tanto, no podemos, no debemos volver a...

—No se preocupen, amigos —dijo de pronto una voz de acento tranquilizador—. Ustedes están a salvo. Ustedes no pueden ser afectados por el virus Shannadux.

* * *

Alex y la muchacha se volvieron en el acto. A dos pasos de distancia, un hombre joven, muy fornido, de pelo castaño y ojos claros, les miraba con la sonrisa en los labios.

—Me llamo Fred Castor —se presentó—. Sin querer, he oído parte de su conversación y he podido apreciar que se sienten muy preocupados.

—Hombre..., después de ver a la gente que mueren como moscas... —respondió Beard.

—Es lógico. Mueren los débiles —dijo Castor despectivamente —. Pero eso no reza con nosotros, los de la raza superior.

Beard le miró de hito en hito.

—Después de todo, Ummyro tenía razón —murmuró.

—¿Quién es Ummyro?

—Bah, no te preocupes. Por cierto, Fred, ella es Beryl Fulbert. Yo me llamo Alex Beard.

—Encantado, Beryl, encantado, Alex. ¿Queréis acompañarme a mi casa? Allí podremos hablar con más tranquilidad —invitó Castor.

—Sí, iremos —dijo Beard, que ardía en curiosidad de conocer detalles de lo sucedido—. Pero dinos una cosa: ¿cómo sabes que Beryl y yo pertenecemos a la raza superior?

Castor sonrió maliciosamente.

—Yo fui uno de los discípulos predilectos de Shannadux —contestó, a la vez que sacaba disimuladamente del bolsillo de sus pantalones una cajita no mayor que un paquete de cigarrillos—. Mirad estos dos orificios. Cuando los enfoco hacia una persona, si pertenece a la raza superior, se encienden dos luces verdes. Suele suceder muy pocas veces; en realidad, yo sólo he encontrado a una docena de «superiores».

—¿Y en nuestro caso...? —dijo Beryl.

—Brillaron las luces verdes —respondió Castor.

Miró a la pareja, sonrió y añadió:

—El mundo será nuestro, creedme.

Beard sintió unos horribles deseos de arrojarse contra el sujeto y aporrearle hasta dejarlo sin sentido, pero comprendió que ello no le causaría ningún beneficio. En realidad, el verdadero culpable era Shannadux, al fundar una horrible doctrina y llevarla a la práctica.

Algunos habían seguido sus diabólicos proyectos, eso era todo.

Por el camino, se encontraron con numerosas personas muertas o agonizantes. De cuando en cuando, llegaba una ambulancia y sus empleados se llevaban media docena de cadáveres. Pero el aspecto de la ciudad era deprimente. Aquella horrible peste no podía ser detenida con nada.

Un cuarto de hora más tarde, entraron en una casa agradablemente decorada. Una hermosa joven, alta, de pechos llenos y rotundas caderas, acudió a recibir a los recién llegados. Beard se quedó atónito al ver el color de la piel de la mujer.

—Es negra —exclamó.

Castor se echó a reír.

—Las teorías de Shannadux no tenían el menor contenido epidérmico —respondió—. Son las características psicosomáticas, y más bien internas, las que determinan la pertenencia de un ser humano a la clase superior. Eggie, mi esposa, es negra, en efecto... pero no por ello deja de ser un ser superior.

Eggie sonrió y estrechó las manos a los invitados de su esposo.

—Querréis comer algo —dijo.

—Pues... ¿Hay café? —preguntó Beard.

—Sí, desde luego.

—Sentaos —dijo Castor—. Quizá vosotros no sabíais siquiera que pertenecíais a la clase superior, pero ahora ya estáis enterados y, me imagino, no tendréis el menor inconveniente en uniros a nosotros.

—Ninguno —contestó Beard, más que nada para sondear a Castor y conocer sus intenciones—. Nos sentimos muy orgullosos de pertenecer a la clase superior. Lo que sucede es que no tenemos una idea muy clara de lo que se debe hacer...

Eggie entró en aquel momento con una bandeja en las manos y empezó a servir el café.

—Luego os daré un mapa, del que tengo varias copias, por medio del cual sabréis el punto hacia el que deberéis emprender la marcha cuanto antes —dijo Castor, mientras su esposa servía el café —. Bueno, quiero decir, mañana a primera hora. Por hoy, y para evitar problemas, podéis quedaros a dormir en nuestra casa.

—Muchas gracias —contestó Beard—. ¿Cómo llegó Shannadux a la conclusión de que había una especie superior ele seres humanos?

—Llevaba ya muchos años investigando y acabó por descubrir ciertos caracteres psicosomáticos, que se daban en un escaso número de personas. Sus estudios le hicieron saber que existían algunas personas de edad muy avanzada, pese a lo cual su inteligencia y facultades físicas, incluyendo el aspecto sexual, se mantenían en plena actividad. Naturalmente, no eran como muchachos de veinte años, pero los hombres de ciento cincuenta se comportaban como si

tuvieran ochenta o noventa años menos. Y hoy día, un hombre de setenta años, puede decirse está en la flor de la edad.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello —mintió Beard.

—Como digo —prosiguió Castor—, Shannadux estudió a fondo a esas personas tan extraordinarias y descubrió que eran, por decirlo así, como isótopos de la especie humana. Realmente, es algo que no se puede describir con palabras ni fórmulas químicas, pero esas características existen en un número limitadísimo de seres humanos. Shannadux, tras largos estudios, pudo construir un detector que registrase ciertas características de esas personas... y entonces fue cuando lanzó su teoría, que fue realmente el principio del largo camino que lo ha llevado al patíbulo.

—Pero ¿es que aquí ahorcan a la gente sólo por expresar una teoría más o menos política? —se asombró Beryl.

—No —contestó Castor—. Nuestro gran Shannadux, cuya memoria se venerará por los siglos de los siglos, llegó asimismo a la conclusión de que era preciso evitar la inevitable «congestión» que se produciría en el planeta, si las cosas seguían como hasta ahora. Nosotros, los superiores, no podríamos tener la ocasión de demostrar esa superioridad. Era preciso, pues, hacer algo para suprimir a los inferiores.

—Y creó el virus...

A Beard le costaba mucho permanecer sereno. De buena gana habría saltado al cuello de aquel miserable, que aprobaba y elogiaba la matanza de miles de millones de seres humanos, en aras de una demencial doctrina de superioridad psicosomática.

—Sí, lo creó y lo propagó —respondió Castor con ojos de iluminado—. Y ahora, muy pronto ya, el mundo será nuestro —añadió casi con un clamor de intenso júbilo.

De pronto, se levantó, fue a un estante, tomó un libro y lo puso en las manos del joven.

—Toma, lee —dijo.

Bear leyó el título de la obra:

Dr. R. G. Shannadux
LOS SERES SUPERIORES DE LA ESPECIE HUMANA

—Debe de ser muy interesante —comentó—. Si no te importa, lo leeré esta noche en la cama.

—Como gustes —respondió Castor.

—Pero, Fred —dijo Beryl de pronto—, lo que no entiendo es que debemos hacer a partir de ahora. Aparte de la conmoción que reina en la ciudad y que, me imagino, debe de ser análoga en el resto de la Tierra, ¿qué haremos nosotros? ¿Cómo seguiremos las enseñanzas del

Gran Shannadux?

—He hablado de un mapa. En él se señala el camino hacia una alta montaña, en cuya cumbre nos reuniremos los superiores… Shannadux lo previo todo y hay alojamiento y víveres para mil personas durante algunos años. Allí permaneceremos retirados hasta que el planeta esté purificado.

Beard entendió a la perfección el significado de aquella frase.

Inevitablemente, llegaría el momento en que los vivos no podrían enterrar a los muertos. Millones y millones de cadáveres quedarían insepultos. Era preciso dejar paso a la acción de las fuerzas de la naturaleza… y un día el suelo terrestre quedaría limpio.

Quedaría a disposición de los cómplices de una monstruosa hecatombe.

CAPÍTULO VIII

Beryl se agitaba inquieta en el lecho, murmurando palabras inconexas. Para Beard, era indudable que la muchacha se hallaba bajo el influjo de una pesadilla.

Encendió la luz. Todo parecía en silencio. Tocó con la mano a la muchacha y le puso una mano en la boca, para evitar un grito intempestivo.

Beryl le miró con los ojos muy abiertos. Beard se puso un dedo sobre la boca.

—Silencio —recomendó.

Aunque habían ocupado la misma cama, no se habían desvestido. Beard había pasado largo rato leyendo el libro donde Shannadux había expuesto sus delirantes teorías. Era preciso dejar que los Castor se durmieran. Con aquellos fanáticos, se dijo, no se sabía...

Abandonó la cama y movió una mano. Beryl se puso también en pie.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Volver a nuestra época, naturalmente.

—Sí, tienes razón, es lo mejor...

Con las manos unidas, salieron del dormitorio y se dirigieron hacia la puerta, que abrieron sin hacer el menor ruido. Cuando salieron a la calle, percibieron cierto olor dulzón y nauseabundo que causó espasmos en sus estómagos.

Casi a cada paso, se encontraban con muertos y agonizantes. Huyeron espantados de aquella ciudad, que estaba convirtiéndose en un inmenso cementerio, horrorizados por los resultados de los trabajos de una mente enferma.

—Podríamos retroceder en el pasado y evitar el nacimiento de Shannadux —sugirió la muchacha.

—¿Matando a sus padres? ¿No eras tú la que decías ser contraria al asesinato?

—Pero ¿hemos de permitir que se produzca la hecatombe?

—Beryl, creo que no tenemos otro remedio qué permitirlo. No podemos influir en la historia. Tal vez el remedio sería peor... acaso podríamos provocar la total extinción de la especie humana.

Hablaban sin dejar de caminar a grandes zancadas, ansiosos de llegar cuanto antes al cronomóvil. De cuando en cuando, se cruzaban con alguna ambulancia, cuyos ocupantes actuaban mecánicamente, sin el menor entusiasmo por una labor que sabían no iba a dar ningún resultado. Una de las veces, oyeron un terrible estrépito y vieron una ambulancia volcada y en llamas. Su conductor, pensó Beard, debía de haber sido atacado repentinamente por el virus y la enfermedad le

había privado del conocimiento.

Nadie se acercó para socorrer a los ocupantes del vehículo. Beard pensó que toda ayuda resultaría ya inútil.

Reinaba un ominoso silencio en la ciudad. Al fin, alcanzaron el cronomóvil.

Beard dudó unos segundos antes de conectar los mecanismos.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—¿Es lícito que dejemos morir a tres mil millones de personas? ¿No debemos hacer algo por evitar esa catástrofe? —exclamó Beard, terriblemente acongojado.

—Creo que ya lo discutimos en cierta ocasión y tú mismo acabas de decirlo hace unos momentos. Si ahora quisieras modificar este trozo de histeria de la humanidad, tendrías que hacerlo también con otros momentos en que igualmente se produjeron terribles hecatombes.

—Sí, creo que tienes razón. Sólo podemos influir en nuestro propio futuro y a partir de la época en que nos toca vivir.

—Entonces, volvamos a esa época, Alex.

Un minuto más tarde, se hallaban de nuevo en el laboratorio del doctor Schalkreuz. Beard se apeó del cronomóvil y alargó la mano hacia la muchacha.

—Beryl, he llegado a una conclusión —dijo.

—¿Sí, Alex?

—Es horrible penetrar en el futuro.

Ella asintió.

—Pero, sin embargo, estimo que es más horrible penetrar en el pasado con ánimos de modificar el futuro —manifestó—. Dejemos que la Tierra siga su historia, Alex. Nosotros construiremos la nuestra con nuestro propio esfuerzo.

—Eso es lo que haremos —contestó él.

* * *

El doctor Sixtus Schalkreuz oyó que llamaban a la puerta de su casa y, haciendo una mueca de disgusto por verse obligado a abandonar su tarea, se levantó, cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Hola —dijo la joven que estaba frente a él.

Schalkreuz la contempló durante unos segundos.

—¿Puedo servirla en algo, señorita? —preguntó.

—Usted necesita una ayudante, creo.

—Bien…, no había pensado en ello, pero puede que tenga razón… Pase, pase…

—Me llamo Edith Kaythan, doctor.

—Encantado, señorita Kaythan. ¿Le apetece tomar algo?

—¿Tiene café?

—Pues claro… Aguarde un momento y se lo traeré.

Sixtus se metió en la casa y volvió al cabo de unos minutos con una cafetera llena de agua caliente, dos tazas, cucharillas y un tubo de tabletas de café instantáneo. Vertió agua caliente en las tazas, añadió una tableta a cada una y luego ofreció la suya a su visitante.

Mientras lo hacía, contempló furtivamente a la hermosa muchacha que tenía en su casa. Edith vestía unos pantalones cortísimos, que dejaban al descubierto unas largas y bien formadas piernas. La blusa, apenas unos trocitos de tela, permitía la contemplación de un busto de proporciones clásicas, con dos redondos montículos gemelos de singular firmeza y que no necesitaban de ningún adminiculo para mantenerse erguidos.

Ella sonreía de un modo que le hizo sentirse sumamente halagado. Sixtus empezó a pensar en la conveniencia de iniciar una relación más profunda que la de un científico y su ayudante.

—Ejem… Y bien, ¿qué sabe usted hacer, señorita Kaythan?

—Por favor, doctor —dijo ella con voz muy dulce—, llámeme Edith…

—Está bien, Edith. Conteste a mi pregunta, por favor.

—Pues… Usted realiza investigaciones sobre la construcción de una máquina del tiempo.

—Sí, en efecto. Oiga, ¿quién se lo ha dicho?

Edith sonrió sibilinamente.

—Se oye…, se comenta… Y a mí la investigación sobre la dimensión temporal es algo que me fascina terriblemente.

—Ya… —Sixtus se pellizcó el labio inferior—. De todos modos, no se crea… Construir un cronomóvil no es tan fácil como parece.

—Usted lo conseguirá, doctor —dijo ella con gran vehemencia —. ¿Me permite que le ayude? Trabajaría, incluso, sin sueldo…

—Oh, por favor, yo no lo toleraría. Ese es un aspecto que hemos de discutir…

—Más adelante, no hay prisas, doctor. —Edith dejó su taza vacía a un lado y se levantó, pasándose las manos por las caderas—. ¿Verdad que no hay prisas…, Sixtus?

A Schalkreuz se le caía la baba. Y cuando Edith avanzó hacia él y le echó los brazos al cuello, creyó que se derretía de felicidad y se dejó arrastrar por el encanto de aquellos instantes.

Los labios de Edith y su cuerpo ardiente le hicieron olvidar muchas cosas. La droga que ella le propinó más tarde, con la cena, también le hizo olvidar por completo sus proyectos.

* * *

Al oír el timbre de la puerta, Beryl se levantó para abrir. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Beard.

—¡Alex! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

—Tengo que contarte algo... ¿Puedo pasar?

—Claro. Entra, te traeré café...

—¿No tienes whisky?

—Parece como si necesitases un trago —dijo ella maliciosamente.

—Me siento un poco nervioso, no sé por qué…

—Muy bien, después de un par de tragos me lo contarás todo.

Beryl puso whisky y dos cubitos de hielo en un vaso y se lo entregó al joven.

—¿No tomas tú? —preguntó él.

—Ahora no me apetece, gracias. Pero cuéntame tu problema, por favor.

—Verás... He estado hablando con un psiquiatra amigo y le he contado parte de lo que vimos en Shannaduxia, aunque sin decirle, como es lógico, dónde, cómo y la época en que lo vimos.

—Si te refieres a Ummyro, yo no le he visto...

—Bueno, era una forma de expresión —contestó él—. Pero mi amigo el psiquiatra sostiene que se pueden anular los efectos de la droga que convierte a los seres humanos en autómatas.

—Por lo que contaste, no es una droga precisamente lo que les aplican —dijo Beryl.

—Lo sé, aunque nosotros podemos contrarrestar el efecto de ese misterioso aparato con una droga que me ha suministrado mi amigo. El la emplea para casos profundos de catatonía y siempre con excelentes resultados. Un centímetro cúbico de la droga vuelve a la normalidad... bueno, sería capaz de conseguir que un poste llegase a pensar.

.—Y con todo eso, ¿adónde quieres ir a parar?

—Podemos modificar el futuro a partir de la época en que me encontré con Ummyro. Eso sí es posible... de la misma forma que si yo ahora me presentase a las elecciones y las ganase...

—Pero no eres político y la gente no te conoce —arguyó Beryl.

—Cierto. Sin embargo, podría empezar a actuar en política y, dentro de unos cinco años, ya sería lo suficientemente conocido para aspirar a la elección de algún cargo. Poniendo en práctica mi programa electoral, modificaría en parte el futuro, ¿no crees?

—Sí, eso es cierto.

—Supongamos que hay una ley injusta. Yo lucharía en el Parlamento para derogarla...

—En el siglo XXX, por lo que sé, no hay Parlamento.

—Lo sé. Por eso debemos modificar su futuro por otros procedimientos.

—La droga —dijo ella pensativamente.

—Sí.

—Podrías provocar una rebelión.

—Estoy seguro de que hay más de un hombre superior y, lógicamente, también mujeres, que se sienten disconformes con la política de Ummyro. Presencié un caso..., pero ya te lo he contado, creo,

Beryl asintió.

—Entonces, pretendes infiltrarte en el siglo XXX como un revolucionario —dijo.

—Llegaré «después» de la fecha en que llegué la vez anterior. Si consigo introducir esas modificaciones en el futuro, no perjudicaré a nadie... que es lo que sucedería ahora si, por ejemplo, quisiera volver unos años atrás y hacer que Sixtus olvidase todas sus teorías sobre los cronomóviles.

—Creo que entiendo —murmuró ella. Sonrió—. Si llegas a gobernador y anuncias una rebaja de los impuestos, habrás conseguido un futuro algo distinto del que se produciría con un recargo en esos mismos impuestos.

—Exactamente. No podemos evitar ya la matanza de Shannadux..., pero sí podemos hacer que cuatrocientos infelices vuelvan a recobrar su plena normalidad psíquica y física y vuelvan a ser personas como lo eran antes de que un desalmado decidiera que eran unos seres inferiores, buenos sólo para ser esclavizados.

Beryl sonrió.

—Te has tomado muy en serio tu papel de libertador —dijo.

—Oh, te aseguro que hay noches que me es imposible dormir, pensando en aquellos desgraciados que no sienten y que viven y actúan como animales sin inteligencia, vegetales móviles a los que, por razones egoístas, se les permite tener hijos cuando alguien estima que son necesarios. No, la catástrofe se produjo y no puedo influir en lo que sucedió, pero sí en el futuro de esos cuatrocientos desgraciados.

—Muy bien —dijo la muchacha—. ¿Cuál es tu plan?

—Tengo abajo el coche y todo preparado para hacer un viaje al futuro.

Hubo un instante de silencio.

—Quieres que te acompañe —adivinó Beryl.

—Lo que quiero es que veas las cosas con tus propios ojos y sepas así que no exagero un ápice —respondió él.

—Seguramente, tendremos que pasar algún tiempo en el siglo XXX...

—Oh, yo creo que una noche, a lo sumo. La vigilancia en el campamento de esclavos es pura fórmula. Los guardias están seguros de que sus prisioneros no se moverán. Incluso podrían ordenarles que se tirasen por un precipicio y lo harían sin vacilar. Además, tengo

proyectos complementarios para conseguir el éxito en el final.

—¿Puedo conocer esos proyectos?

Beard sonrió maliciosamente.

—Un barrilillo de coñac —contestó—. Y, aparte, una pistola de inyecciones, conectada a un depósito de un litro de la droga, con dosificador automático.

—¿Un litro?"

—Sí, mil centímetros cúbicos. Ya sé que no hay más de cuatrocientos prisioneros, pero, aparte de que no conozco el número exacto, la droga viene contenida exactamente en botellas de a litro, que se acoplan automáticamente al mecanismo de descarga. No se puede exponer al aire, por ejemplo, para colocar una cantidad menor en el depósito, porque se descompone con gran rapidez y antes de hacer inyectado a cincuenta personas, se habrían disipado sus efectos.

—Perfectamente. Voy a cambiarme de ropa...

—También llevo provisiones —dijo él, junto a la puerta del dormitorio de Beryl—. Es probable que pasemos allá más de veinticuatro horas, ¿comprendes?

Unos minutos más tarde, salían de la casa. Cuando llegaron al laboratorio de Sixtus, era ya de noche cerrada.

Beard opinó que era mejor sacar el cronomóvil al exterior, a fin de elevarse algunos centenares de metros. Desconocía el emplazamiento exacto del campamento de prisioneros y tendrían que buscarlo desde el aire, guiándose, dijo, por las luces que seguramente habría en algunos lugares del recinto. Beryl se mostró conforme con la idea.

Una cosa que les extrañó fue la ausencia de Sixtus. Era relativamente temprano y a esas horas todavía solía continuar en el laboratorio, ya que había dado por finalizadas sus vacaciones en las Bahamas. Beard dijo que ya le explicarían lo ocurrido a la vuelta y se embarcó en el cronomóvil, para sacarlo al exterior.

Beryl se sentó a su lado instantes más tarde. Beard tenía ya marcadas las cifras de la época a la que se dirigían y se dispuso a apretar la tecla de contacto. Entonces, repentinamente, sin saber cómo, se encontraron sentados en el suelo.

CAPÍTULO IX

Desde el asiento del cronomóvil a la tierra del patio había un metro. Beryl gritó al sentir el choque contra el suelo y se levantó de un salto, frotándose vigorosamente la región dolorida. Alex continuó sentado, contemplando estupefacto el patio, en el que fallaba algo esencial para sus proyectos.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué ha pasado aquí?

El asombro de Beryl no era menor.

—¡El cronomóvil! —dijo—. Ha desaparecido...

Los bultos del equipaje yacían esparcidos por el suelo. Lentamente, Beard se puso en pie y miró atónito a su alrededor.

—Alguien se lo ha llevado... —apuntó Beryl.

—No. Aunque pudiera accionarse por control remoto, nosotros habríamos viajado con el cronomóvil. Y nuestro equipaje también, por supuesto.

—Pero, entonces, ¿qué ha pasado, Alex?

—No lo sé... Vamos adentro; quizá encontremos la explicación.

Beard recogió la mochila y un pequeño maletín, y echó a andar hacia el laboratorio, cuya puerta se hallaba a una docena de pasos. Al entrar, observó una serie de cambios en la disposición de los aparatos y el mobiliario, que le hicieron fruncir el entrecejo.

—Esto parece que ha cambiado mucho, ¿no crees?

Beryl se sentía totalmente desconcertada. De pronto, Beard dejó los bultos en el suelo y avanzó hacia la puerta que comunicaba el laboratorio con la vivienda de su amigo.

Pisando firme, se encaminó al dormitorio. Tal como había supuesto, Sixtus estaba en la cama, profundamente dormido.

Beard lo zarandeó sin piedad.

—¡Sixtus! Eh, despierta... Vamos, hombre, abre los ojos...

—Estará borracho —supuso la muchacha.

Beard aspiró fuertemente.

—No, no hay olor a alcohol —dijo.

Al fin, Sixtus abrió los ojos. Diviso a su amigo y se sentó de golpe en la cama.

—¡Diablos! —exclamó—. Alex, ¿qué haces en mi casa a estas horas?

—Sixtus, vístete. Hemos de hablar muy seriamente —contestó Beard.

—Pero ¿qué sucede? Y, sobre todo, ¿quién es esa mujer que te acompaña?

Beryl respingó.

—Pero, doctor, soy yo... Beryl Fulbert, su ayudante...

—No diga tonterías, señora —contestó Schalkreuz malhumoradamente.

—Señorita —corrigió ella.

—Es lo mismo. Por todos los diablos, Alex, ¿quieres explicarme de una vez qué haces en mi casa?

—Muy sencillo —respondió el joven—. Tu cronomóvil ha desaparecido.

—Mi... ¿qué, Alex?

—Tu cronomóvil —remarcó Beard—. La máquina del tiempo...

Sixtus lanzó una estentórea carcajada.

—¡Una máquina del tiempo! —repitió—. Alex, tú no estás bien de la cabeza. Ve a que te examine un psiquiatra... ¿O es que has estado bebiendo demasiado?

—Por el amor de Dios —clamó el joven—. Estamos hablando completamente en serio. Ya sé que hicimos mal al tomar tu cronomóvil sin tu permiso, pero pensábamos que estarías ausente...

—Alex, no sé qué diablos te propones —contestó Schalkreuz muy serio—. Nuestra antigua amistad, que se inició hace ya muchos años en la Universidad, no te da derecho a gastar cierta clase de bromas, que no tienen la menor gracia. Jamás, he tenido yo un cronomóvil ni esa señorita ha sido jamás mi ayudante.

Beryl se encrespó.

—¡Doctor! ¿Cómo se atreve a negar la evidencia? —gritó.

—Señorita, su osadía al engañar a mi amigo, diciéndole que es mi ayudante, con fines que desconozco, es algo que no tiene límites —dijo Sixtus muy enojado—. Tengo una ayudante, es cierto, pero no se llama precisamente Beryl Fulbert, sino Edith Kaythan.

Beard se quedó atónito al escuchar aquel nombre.

— ¡Edith Kaythan! —repitió.

—¿La conoces, Alex?

El joven reaccionó.

—Sí, la conozco —respondió. Empezaba a presentir la verdad—. ¿Dónde está ahora, Sixtus?

El doctor Schalkreuz sonrió de un modo especial.

—Pues... no sé... Andará por el baño o quizá por la cocina... Nos quedamos dormidos...

—Voy a ver si la encuentro —dijo Beryl.

Beard y su amigo quedaron a solas. Sixtus saltó de la cama y empezó a vestirse.

—Maldita sea, Alex. ¿Por qué has tenido que venir a estropearme la noche? —se quejó.

—Sixtus, si yo fuese un poco más orgulloso, te recordaría, entre otras cosas, cierto préstamo de doscientos mil dólares que te hice para la construcción de un cronomóvil.

—¿Qué? ¿Tú me has prestado doscientos...? Alex, ahora sí que creo que estás loco de remate.

—Pero...

—Ni tú me has prestado jamás esa suma, ni yo he construido ese cacharro que... ¿Cómo dices que se llama?

—Cronomóvil, Sixtus.

—Bueno, pues no he construido ningún cronomóvil y, por descontado, jamás he empleado a esa chica como mi ayudante. Ahora, mis investigaciones se dirigen hacia el campo de la ESH.

—¿Qué es la ESH?

—Electricidad sin hilos —contestó Sixtus muy ufano—. Pronto se podrá eliminar el engorroso sistema de transmisión de la corriente eléctrica por medio de conductores...

Beryl apareció de pronto en la puerta del dormitorio.

—No está —dijo.

—¿Cómo? —gritó el doctor Schalkreuz—. Eso es imposible. Edith no ha podido dejarme... no se ha marchado sin avisarme...

—Pues sí, doctor, eso es lo que sospecho ha sucedido —confirmó la muchacha—. Su ayudante se ha marchado y, sospecho, no volverá a verla jamás.

* * *

Con paso firme y el torso erguido orgullosamente, Edith Kaytland penetró en el despacho del Rector Supremo y se detuvo ante la mesa tras la cual se hallaba el hombre que regía los destinos de Shannaduxia.

—Misión cumplida, señor —informó la joven.

Ummyro se puso instantáneamente en pie.

—Lo has conseguido —exclamó.

—No fue difícil, señor.

—Me alegro, me alegre... Edith, me siento muy complacido de ti.

—Gracias.

—De modo que no resultó difícil.

—Oh, ya tenía cierta experiencia... La vez anterior me porté irreflexivamente... Ahora actué con mucha mayor discreción, pese a lo cual el doctor Schalkreuz no tardó en sucumbir,

Ummyro recorrió con la vista el hermoso cuerpo de la joven y se echó a reír.

—Hasta el más flemático sucumbiría a tus encantos —dijo.

—Como te pasó a ti, señor.

—No pude remediarlo, muchacha. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, señor. Ahora, ¿puedo, por favor, pedirte algo?

—Claro. Habla, Edith. ¿Qué quieres?

—La recompensa por mi labor.

Las cejas de Ummyro se arquearon.

—¿Una recompensa... por hacer algo que era tu deber?

—¿Había alguna ley que me obligase a ello?

—Mi palabra es ley, Edith. ¿O lo has olvidado?

—Pues... Ummyro, ¿por qué no me invitas a una copa de vino?

El Rector dio un respingo.

—¡Edith! ¿De dónde has sacado esas ideas tan estúpidas? ¿Cómo osas suponer que yo tengo en mi residencia esa nefasta bebida, causa de todos los males?

Ella le miró fijamente. En sus ojos latía una indudable nota de asco y desprecio.

—De modo que no tienes vino —dijo—. Cuando te canses de mí: ¿cuál será la próxima que vendrá para darte placer en tu lecho?

—¡Edith! —gritó Ummyro descompuestamente—. ¡Te prohíbo que hables de ese modo...!

—Prohibir, prohibir... Sólo sabes pronunciar esa palabra... para los demás, no para ti y unos cuantos que forman tu corte y que gozan de los mayores beneficios, mientras los demás, engañados, viven en la más absoluta ignorancia, sumergidos en la aparente felicidad que es tener todo resuelto, sin preocupaciones por el futuro... He estado en el pasado y he llegado a ver cosas que me han hecho pensar mucho, Ummyro.

—Voy a hacer que te castiguen —dijo el Rector—. Te enviaré al campamento de los rebeldes...

—Sí, serias capaz de hacerlo —contestó ella—. Es más, sospecho, incluso, que ése era el destino que me aguardaba, a fin de que un día pudiera hablar y divulgar lo que ha sucedido. Estamos viviendo en el más injusto de los sistemas, ideado por aquel archicriminal que se llamó Shannadux, y si me enviaste al siglo XX, no fue por preservarnos de daños, sino para continuar manteniendo tu preeminente posición, para seguir siendo el déspota ególatra que eres... para que puedas seguir predicando a los demás moderación y templanza, mientras tú haces todo lo contrario de lo que aconsejas...

Babeando de rabia, Ummyro se precipitó hacia su mesa, sobre la cual había un bastoncillo anestésico, como el que usaban los guardias.

—¡Has blasfemado, maldita! —aulló—. ¡Has blasfemado del Gran Shannadux, nuestro benefactor! Y por ello, tendrás que pagarlo...

Ummyro no se dio cuenta de que Edith había cambiado de una forma radical en el tiempo que había durado su ausencia. A su regreso, la joven se había sentido acometida por numerosos escrúpulos, que habían llenado su ánimo de congoja. Pero, además, estaba el recuerdo de un hombre del que se había enamorado, pese a su aspecto estrambótico.

El Rector se abalanzó sobre la muchacha, pero Edith había

aprendido muchas cosas del siglo XX. Antes de que el bastoncillo cayera sobre su cuerpo, Edith agarró una silla y la arrojó hacia adelante. Los pies de Ummyro se enredaren con aquel inesperado obstáculo y perdió el equilibrio. El bastoncillo se escapó de su mano y, al chocar contra el suelo, se rompió en numerosos fragmentos.

Ummyro empezó a levantarse. En el mismo momento, un pie, cargado de furia, se estrelló contra su mandíbula y lo arrojó a un lado, completamente sin sentido. Acto seguido, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

Había tomado una decisión y no podía volverse atrás. En realidad, Edith Kaythan se había enfrentado con su futuro.

* * *

—No lo entiendo —dijo Beard, mientras miraba el reloj calendario de sobremesa—. El tiempo, para nosotros, ha corrido sin alteraciones..., pero Sixtus está como si hubiese retrocedido a cuatro o cinco años antes de que fuese a verme por primera vez, a pedirme un préstamo para su cronomóvil. —Se volvió hacia la muchacha, que permaneció inmóvil en un diván—. ¿Cómo te explicas eso, Beryl? Tú eres experta, colaboraste en la construcción de un cronomóvil, que ahora no existe... Trabajaste con su inventor, pero ha perdido la memoria por completo a este respecto. En cambio, tú lo recuerdas todo.

—Sí, es cierto —convino la muchacha a media voz.

Beard se fue hacia el aparador de los licores y llenó una copa.

—Ponme otra, por favor —pidió Beryl.

El joven se la entregó. Beryl tomó un par de sorbos y luego alzó su mirada.

—Sólo hay una explicación posible —dijo.

—¿Bien, empieza. Te escucho —exclamó Beard, impaciente.

—Edith vino y se anticipó a la época en que Sixtus planeaba construir el cronomóvil. Por procedimientos que desconocemos, borró de su memoria todo lo relativo a la máquina del tiempo. Pero Sixtus, ambos, mejor dicho, han permanecido en una línea temporal distinta a la nuestra, y lo que para ellos ha sido unos cuantos años, para nosotros han sido sólo unos pocos días. ¿Comprendes?

—¿Puede suceder una cosa así, Beryl? —dudó el joven.

—No lo sé. Probablemente, sí. Alex, ¿qué te sucede cuando pasas una noche de sueño tranquilo y profundo, sin pesadillas? Cierras los ojos a las once de la noche, por ejemplo, te despiertas a las siete de la mañana... y te parece que ha transcurrido solamente un segundo.

—Sí, pasa a veces —admitió él, meditabundo.

—Pero en el espacio de tiempo que tú crees ha sido solamente de un segundo, han transcurrido, en realidad, ocho horas. Son ocho

horas exclusivamente tuyas, que no has compartido con nadie… como Sixtus y Edith tampoco compartieron con nadie estos años que han pasado juntos y que, de la misma manera, les habrán parecido unos pocos días solamente. Lo mismo que a nosotros, sólo que no hemos estado en su cama… dicho sea metafóricamente.

—Tú quieres decir que han vivido en otro tiempo, viviendo al mismo tiempo en el nuestro.

—Más o menos —contestó la muchacha—. Resulta difícil de explicar, son las paradojas del tiempo, cuando se le toma como una dimensión mensurable.

—Pero elástica —sonrió Beard.

—En estos casos, sí.

—¡Bien! —exclamó el joven—. Vamos a dejar de preocuparnos de este asunto, que no nos va a conducir a ninguna parte. Edith, a mil años en el futuro, hay cuatrocientas personas que sufren horriblemente, aunque ni ellas mismas sean capaces de darse cuenta de ello. ¿Sigues pensando en que deberíamos ayudarlas? Porque si consiguiéramos liberarlas de su estado, modificaríamos únicamente su futuro, no el de otras personas situadas en una época anterior, como habríamos hecho si por ejemplo, hubiésemos impedido el nacimiento de Shannadux.

—En tal caso, tendríamos que hacer lo mismo con cientos de asesinos y criminales… Provocaríamos el caos, en lugar de arreglar el mundo —respondió ella.

—Pero eso sí se puede hacer. Insisto en la comparación con una supuesta actividad política. Si hay un gobernador corrupto, que permite se vulnere la ley constantemente, el desorden se extenderá gradualmente… hasta que alguien sea elegido y actúe con honestidad, con lo cual modificará el futuro de su Estado. ¡Y ése es el futuro en que nosotros podemos influir, Beryl! —concluyó el joven apasionadamente.

—Sí, podríamos hacerlo, salvo por un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?

—No tenemos cronomóvil.

Beard sonrió.

—Pero tu memoria no ha sido afectada —dijo.

—Quizá haya otro procedimiento mejor —murmuró Beryl—. La droga que piensas emplear con los condenados del siglo XXX. Si puede devolverlos a ellos a su estado normal, ¿no podrá hacer lo mismo con tu amigo?

—Es cierto, no había pensado en ello —exclamó Beard—. Volveremos a verle y…

—No perdamos tiempo —dijo.

Minutos más tarde, abandonaban la residencia de Beard, en

donde había tenido lugar la conversación, veinticuatro horas después de conocer la desaparición de Edith. Cuando llegaron al laboratorio de Sixtus, Beard abrió la puerta y dejó que la muchacha pasara delante.

De repente, oyó un grito agudísimo:

—¡Alex, está aquí! ¡Edith ha vuelto!

CAPÍTULO X

«Orden especial n.º 15-F. Prioridad absoluta.
Del
Rector Supremo
al jefe de guardias de primer orden, R. N, Tisley, n.º de matrícula E-28.
El mencionado en esta orden especial, deberá trasladarse al siglo XX, año de 1004, localizará a la subjefe de guardias E. Kaythan, n.° de matrícula R-607 A, y procederá, por los medios que estime más convenientes, a la ejecución de la sentencia de muerte dictada contra la acusada, convicta de traición a esta rectoría.
El mencionado en esta orden comunicará su cumplimiento exacto apenas haya sido ejecutada.
Firmado: Ummyro, Rector Supremo, y en nombre y por mandato del Consejo Supremo de Gobierno de Shannaduxia y para preservar la memoria y los beneficios que nos legó el Gran Shannadux.»

* * *

Beard oyó el grito de la muchacha y se precipitó inmediatamente en el laboratorio. Por un momento, creyó que Beryl había sufrido una alucinación, pero no tardó en comprobar la exactitud de sus palabras.

—Edith —murmuró.

El doctor Schalkreuz estaba junto a la muchacha del siglo XXX, rodeándola posesivamente la cintura con su brazo derecho.

—Aquí está, en efecto —exclamó alegremente—. La mujer de mi vida, muchachos. Y, por lo que deduzco, yo soy el hombre de su vida. ¿No es así, Edith, preciosidad?

—Sí —contestó la aludida, con los ojos fijos en Beard.

Hubo un instante de silencio. Luego, Beard dio un paso hacia adelante.

—Edith, tienes que explicarte —dijo—. Y deberás darnos muy buenas razones para que te creamos. ¿Lo has entendido?

Edith movió el brazo en semicírculo.

—¿No te convence lo que estás viendo? —respondió.

—¡Alex, el laboratorio ha recobrado su aspecto normal! ¡El cronomóvil! ¡Está allí! —gritó Beryl.

—El mío está guardado en el cobertizo posterior —dijo Edith.

—Entonces… has hecho que Sixtus recobre la memoria…

—He modificado nuevamente nuestra línea temporal. Todo vuelve a ser como era.

—En veinticuatro horas solamente —dijo Beard, absorto.

—Bien, lo que hice fue volver a la época en que Sixtus y yo nos conocimos por primera vez, sólo que ahora no quise influir en sus experimentos y dejé que todo siguiera su curso normal —explicó Edith —. Luego volví a adelantarme en el tiempo y he llegado justamente hace unos minutos.

—Recorriendo, sin duda, una línea temporal distinta —adivinó Beryl.

—Exactamente. Y, además, sin afectar para nada al futuro y a los comportamientos de otras personas. En veinticuatro horas, Sixtus ha recorrido todo el espacio de esos cinco años… incluyendo la entrevista para solicitarte un préstamo, el contrato como ayudante de Beryl… y las vacaciones en las Bahamas, con la viuda.

—Me he olvidado por completo de ella —declaró Sixtus.

Beard se echó a reír.

—Ahí sí que me parece que Edith ha tenido algo que ver — exclamó jovialmente.

—He hecho lo que haría otra mujer enamorada —respondió la mencionada tranquilamente.

—Lo cual significa —murmuró Beryl— que Alex y yo hemos estado viviendo también en el tiempo de Sixtus, desdoblándonos en esos años que han transcurrido en veinticuatro horas… mientras, a la vez, permanecíamos en nuestra línea de tiempo normal.

—Así es, pero ello no representará ningún perjuicio para vuestro comportamiento ni tendrá consecuencias para el futuro —aseguró Edith.

—Bien, de acuerdo —exclamó Beard—. Y ahora, por favor, dinos por qué has vuelto, después de marcharte una vez conseguiste engañar a mi amigo.

—He visto la realidad de las cosas en el siglo XXX y no estoy conforme en absoluto con el sistema —dijo Edith.

—Lo cual significa que, si es necesario, lucharías contra ese sistema.

—Eh, eh —protestó Sixtus—. Dejadme a Edith en paz. Ella y yo

vamos a casarnos y nos marcharemos a disfrutar de una luna de miel que ya a durar al menos seis meses...

—Eso no puede ser —dijo Beard.

—¿Por qué? —preguntó Edith.

—Sixtus no puede casarse con una mujer que no ha nacido todavía.

—Bueno, me iré con ella a su época y nos casaremos allí —exclamó Schalkreuz—. Edith, paloma, en tu época se casa la gente de alguna manera, ¿eh?

—Por supuesto. Hay una oficina automática de registros de matrimonio. Gratuita.

—Ya, casarse delante de una máquina —dijo Beard mordazmente—. Pero eso tampoco puede ser. Edith no se va a casar con un hombre que tiene mil años de edad.

—Mira, Alex, no nos vengas con problemas que no tienen razón de ser —masculló enojadamente el doctor—. Quizá no sea conveniente que Edith se quede en esta época, pero a mí no me importa en absoluta trasladarme a la suya. Yo no he tenido hijos y, salvo la construcción del cronomóvil y un par de cachivaches de cierta utilidad, no he alterado el tiempo para nada con algún descubrimiento sensacional. Porque yo me vaya a vivir al siglo XXX no ya a ocurrir nada, créeme.

Beard se, pellizcó el labio inferior.

—Casi sería mejor, en vista de vuestra insistencia, que ella se quedase en este siglo. Edith, aún mucho menos que tú, ha influido en los sucesos que se han producido. Tú has tenido una influencia mucho mayor de lo que crees en los acontecimientos futuros y tu marcha de este siglo podría provocar alteraciones en la línea temporal...

—Cronoclismos —puntualizó Beryl—. De la misma forma que cataclismo se refiere a un suceso importante y desastroso en la superficie del planeta, cronoclismo es la palabra que define una alteración perjudicial en las líneas temporales.

—Bueno, entonces los posibles cronoclismos se evitarán mucho mejor si Edith se queda en esta época —decretó Beard-—. Pero entonces surge la primera duda —añadió.

—¿A qué te refieres? —preguntó Edith.

—¿Se estará quieto Ummyro? Él sabe que tú has vuelto a esta época. Teme que pueda producirse un cronoclismo, que acabe con sus privilegios. ¿No intentará hacer algo contra ti, de la misma forma que tú lo intentaste en un principio conmigo?

Edith pareció vacilar y se volvió hacia Sixtus, como pidiéndole consejo. El doctor Schalkreuz no tardó en reaccionar.

—Deja a Edith de mi cuenta —exclamó, con energía que nadie hubiera sospechado en él sólo unas pocas semanas antes—. Ella y yo

vamos a escondernos durante una temporada y, créeme, a juzgar por lo que he oído del siglo XXX, en ciertos aspectos están infinitamente más retrasados que nosotros. Puedes estar seguro de que en el sitio donde nos esconderemos no nos encontrarían los policías de toda la Tierra, cuanto más unos tipos qué no tienen la menor experiencia en rastrear a las personas.

Beard sonrió al observar el entusiasmo con que hablaba su amigo.

—Bueno, pero, al menos, a nosotros sí nos dirás dónde piensas esconderte con Edith, a fin de que podamos comunicaros el resultado de nuestra operación.

—Por supuesto.

Un cuarto de hora más tarde, Sixtus y Edith habían desaparecido, llevándose el propio automóvil de Beard. Una vez solos, el joven se volvió hacia Beryl.

—Bien, creo que ahora nos toca a nosotros —exclamó—. ¿Te parece buen momento para viajar al futuro?

Beryl consultó su reloj de pulsera.

—Si vamos a asaltar el campo de prisioneros, ¿porqué no aguardamos a la noche? —sugirió.

—Pero ¿no es capaz el cronomóvil de viajar de modo que, saliendo por la mañana, se llegue por la noche?

—Sí, claro. Lo que sucede es que me gustaría repasar algunos circuitos que, me parece, han podido resentirse un tanto en los viajes, sobre todo después de que el cronomóvil desapareció cuando Sixtus perdió la memoria y desapareció todo lo que había hecho desde cinco años atrás. No me gustaría viajar al siglo XXX y encontrarme luego con la poco agradable sorpresa de que no puedo regresar a esta época.

—Tampoco a mí me gustaría. A decir verdad, en el siglo XXX se vive maravillosamente... para el que no sienta remordimientos de conciencia por disfrutar de un sistema de vida que se ha conseguido a costa de los tres mil millones de vidas humanas extinguidas con la peste Shannadux. Y mientras tú trabajas, yo me dedicaré a otra labor no menos importante.

—¿Cuál? —preguntó ella. •

—Vigilar. Porque tengo la plena seguridad de que Ummyro no se va a quedar con los brazos cruzados después de la deserción de Edith —contestó el joven rotundamente.

* * *

El hombre desembarcó de su cronomóvil y contempló con asombro la gigantesca Ciudad que se extendía ante sus ojos. Un tanto deprimido, el capitán de primer orden, Rubboth Noll Tisley, se preguntó cómo podría encontrar en aquel hormiguero a la desertora

cuya ejecución se le había encomendado.

Tisley, sin embargo, contaba con ciertas informaciones que le iban a resultar sumamente útiles. Asimismo había estudiado las costumbres del siglo XX y esperaba salir airoso del empeño. Tisley no comprendía cómo podía haber alguien que dudase de la bondad del sistema en que vivía. Sí, aquella traidora merecía la muerte... pero tendría que actuar con el máximo de precauciones. Debería dar cada paso con exquisito cuidado. Al Rector Supremo no le gustaría un segundo fracaso... y al capitán Tisley no le gustaba la idea de verse convertido en un ser inferior.

Después de contemplar durante unos minutos el panorama, echó a andar resueltamente. A sus espaldas quedaba el cronomóvil, bien oculto, según creía.

Estaba equivocado.

Apenas un minuto más tarde, oyó a lo lejos aullidos de sirenas. Volvió la cabeza y divisó dos coches que corrían velozmente por la cercana autopista. Aquellos vehículos hacían unos ruidos muy raros, secos, estallantes, con un ritmo completamente irregular... Tardó unos segundos en comprender que los ocupantes de dichos vehículos estaban intercambiando disparos de armas de fuego.

De pronto, el primero de los coches empezó a dar bandazos. Tras una serie de enloquecidas oscilaciones, acabó por salirse de la autopista y quedar parado en un talud cubierto de hierba.

Dos hombres salieron de su interior y corrieron por la cuesta arriba, volviéndose de cuando en cuando para disparar sus pistolas. Los que venían detrás, vestidos con un uniforme azul, salieren también de su coche y usaron igualmente sus pistolas. Desconcertado, Tisley no sabía qué hacer.

Tisley ignoraba que los policías perseguían a dos atracadores. Estos, repentinamente, se internaron en la espesura y se dieron casi de bruces con el cronomóvil.

—Oye, mira este cacharro... —gritó uno de ellos.

—No pierdas el tiempo. Vámonos —dijo el otro.

—Pero esto...

—Es un helicóptero, estúpido.

—¿Sin paletas?

—Movido por antigravedad... He oído decir que ya se han inventado esos cacharros... Ven, entra.

Tisley vio a los dos sujetos meterse dentro de su cronomóvil y corrió hacia ellos.

—¡Eh, dejen ese aparato! ¡Es mío! —gritó.

Uno de los atracadores oyó sus voces y volvió la cabeza. Fríamente, apuntó su pistola y apretó el gatillo.

Tisley se detuvo en seco, a la vez que sentía un agudísimo dolor

en el pecho. Su vista se nubló en el acto y sus rodillas empezaron a doblarse. Cuando puso la cara sobre la hierba, había dejado de existir.

Los policías remontaban ya la pendiente y se dieron cuenta de que los forajidos intentaban la huida en aquel aparato de construcción desconocida. Uno de los agentes puso la rodilla en tierra y apoyó la mano derecha en el antebrazo izquierdo, a fin de conseguir una mejor puntería.

Apretó el gatillo.

Un pequeño volcán eruptó en el lugar donde estaba el cronomóvil, lanzando a los aires dos cuerpos humanos horriblemente destrozados. La onda expansiva resultó tan fuerte, que los dos agentes fueron derribados a tierra, como si una mano gigantesca los hubiera empujado hacia atrás.

Al cabo de unos segundos, empezaron a levantarse, aturdidos y con los tímpanos doloridos, después de la fenomenal explosión. Uno de ellos, pasmado, exclamó:

—¡Dios santo! ¿Qué ha pasado ahí?

CAPÍTULO XI

Para entretenerse, mientras Beryl realizaba su tarea, Alex encendió el televisor, aunque no seguía con demasiada atención las imágenes que aparecían en la pantalla. A mediodía escuchó una noticia que llamó su atención.

La pantalla mostró luego un cuerpo tendido en el suelo, con el pecho manchado de sangre. Beard vio los ropajes del muerto y se puso rígido.

El informado narraba el suceso con todos detalles, diciendo que los expertos no se ponían de acuerdo para encontrar una explicación lógica a lo ocurrido. Nadie sabía qué había podido producir aquella fenomenal explosión, ya que, al menos en los primeros momentos, no se habían encontrado rastros de explosivo entre los despojos del aparato destruido.

Sin embargo, Beard sospechó la verdad inmediatamente, sobre todo cuando uno de los policías apareció en la pantalla y dijo que había hecho fuego hacia la base del artefacto, a fin de evitar la huida de los atracadores. Después de !a intervención del guardia, Beard fue al aparador de los licores, preparó dos copas y se encaminó hacia el laboratorio.

—¿Te falta mucho, Beryl?

—Media hora, a lo sumo —contestó la muchacha—. Eh, ¿por qué me das esa copa? ¿Hay algo que celebrar?

—Escúchame con atención —dijo él, muy serio—. Por favor, dime qué sucedería si alguien disparase un tiro de pistola contra la base del cronomóvil, en donde, me imagino, están los mecanismos que le permiten moverse a través de las edades.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber ella, muy intrigada.

—Contesta y luego te lo explicaré.

—Bien, si ocurriese lo que tú dices... Primero sería preciso saber si el impacto se produce en la época actual o en otra distinta.

—Tú quieres decir que para el cronomóvil de Sixtus, esta época es la suya.

—Exacto.

—Y un cronomóvil que viniese del pasado, se encontraría en una época que no es la suya.

—Lógico, me parece —sonrió Beryl—. En cierto modo, un cronomóvil que ha viajado a una época distinta a la suya, se encuentra en una especie de intemporalidad, de la que sale cuando regresa a su propia época. Si una bala, entonces, alcanzase sus mecanismos, sería un cuerpo extraño que penetra en un lugar situado en otro tiempo. No sé cómo definir exactamente ese fenómeno... pero es lo único que se

me ocurre en estos momentos. Ten en cuenta, además, que, a pesar de que no lo parece un cronomóvil en funcionamiento consume una cantidad enorme de energía, como no te puedes dar una idea siquiera, incluso, parado, pero no en su época, sigue consumiendo energía. El impacto produciría algo así como el choque de un automóvil que se mueve a ciento cincuenta kilómetros por hora, contra un muro de cemento de dos metros de espesor.

—Una detención súbita y catastrófica.

—Exactamente. —Beryl palmeó la redonda cúpula del cronomóvil—. Aquí, un disparo, ahora, no produciría otra cosa que desperfectos en los circuitos y seccionaría algunos cables… Este cronomóvil está ahora parado, no funciona. Pero cuando nos detengamos en el siglo XXX, sus mecanismos continuarán actuando, precisamente para mantenerlo en esa época el plazo que a nosotros nos convenga.

—Ahora ya lo entiendo —dijo Beard, sonriendo—. Bien, en tal caso, debes saber que el enviado de Ummyro ha sufrido un terrible contratiempo que le ha costado la vida.

Beryl se quedó muy pensativa al conocer los detalles del suceso.

—Pobre hombre, ha tenido mala suerte —se lamentó.

—Bueno, bueno, sus intenciones no eran precisamente pacíficas…

—Pero ha muerto por la ambición de un tipo atacado de megalomanía. Podría estar vivo aún, ¿comprendes?

—Beryl, lo único que puedo decirte es que no todos son como Edith, no todos tienen la capacidad suficiente para negarse a cumplir una orden de Ummyro… y lo más probable es que ese desgraciado hubiese llegado aquí dispuesto a actuar con todo entusiasmo. Por más que nos disguste admitirlo, hemos de tener en cuenta que aquel sistema aún cuenta con una gran mayoría de partidarios.

—Entonces, nuestro viaje al futuro carece de interés, si no vamos a poder conseguir nuestros objetivos —dijo ella.

—¡No! —exclamó Beard con gran vehemencia—. A pesar de todo, debemos ir y hacer lo que sea preciso por liberar a aquellos desgraciados. Y cuando lo hayamos conseguido, yo me enfrentaré personalmente con Ummyro.

—Puede resultar peligroso —advirtió la muchacha.

—Lo sé… pero se me ha ocurrido una idea que, espero, puede dar buenos resultados. Has dicho que te falta media hora, ¿verdad?

—Más o menos…

Beard consultó su reloj.

—Son las dos de la tarde. Hasta las diez de la noche, tenemos tiempo de sobra. Muerto el agente de Ummyro, por el momento no corres ningún peligro. Volveré antes de las diez, preciosa.

Y ya estaba en la puerta cuando, de pronto, se volvió hacia la sorprendida Beryl.

—Viajaremos cada uno en un cronomóvil. Hemos de devolver el de Edith a su época —concluyó alegremente.

* * *

Los dos aparatos se detuvieron a poca distancia de la ciudad, en la llanura iluminada por la luna llena. No lejos del lugar en donde habían tomado tierra se divisaba la oscura silueta de la empalizada, en cuyo recinto estaban encerrados los seres inferiores.

—Los que Ummyro y su corte han decretado deben ser considerados como inferiores —murmuró Beard.

La ciudad estaba dormida. Desde allí se podía apreciar la ausencia de todo movimiento.

—Aquí se recogen muy pronto —observó ella.

—No hay diversiones nocturnas. Es una vida apacible, tranquila, con todos los problemas resueltos..., pero también muy aburrida. Vamos a procurar que, a partir de ahora, sea un poco más excitante.

Alargó las manos y se echó a la espalda una pequeña mochila, de la que salía un tubo largo y flexible, que acababa en algo que pendía de su cintura. También llevaba colgado del cinturón un objeto muy parecido a una pistola, con la culata desusadamente larga y de forma cilíndrica a partir del punto en donde se hallaba el gatillo. Una vez listo, se volvió hacia la muchacha.

—Vamos.

Beryl asintió y echó a andar a su lado. Minutos más tarde, llegaban a la puerta del recinto, en donde había un guardia sentado en un taburete, con aire de sentirse terriblemente aburrido.

—Hola —dijo Beard—. Te traemos un obsequio de parte del Rector Supremo.

El guardia les miró con desconfianza.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Vino. El Rector ha pensado en vosotros y quiere compartir sus beneficios con los hombres que se cuidan de los malvados rebeldes.

Beard tenía ya preparado un vaso de metal y, acercando el tubo flexible que salía de la mochila, puso la boquilla encima del vaso y lo llenó en sus tres cuartas partes.

—El vino está prohibido —dijo el guardia.

—Bebe y no te preocupes de más —sonrió Beard—. El Rector también bebe. ¡Y de qué modo!

El centinela sonrió.

—Algo de eso me parecía a mí... —Se llevó el vaso a los labios y lo vació de un trago—. Bueno, el viejo penco parece que se ha humanizado. Ya era hora de que esto aflojase un poco.

Beard cambió una mirada con la muchacha. Las cosas no estaban tan rígidas como parecía en aquel sistema. Y si la rigidez se mantenía, era debido al temor y no al absoluto convencimiento de que era lo mejor para vivir en paz.

El vaso se llenó de nuevo. Antes de acabarlo, el centinela rodó por tierra.

—Ese vino es de rápidos efectos —comentó Beryl.

—No está acostumbrado y, además, tiene una ligera dosis de narcótico —explicó él alegremente—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Un par de minutos más tarde, abrían la puerta de un barracón, en el que dormían treinta hombres. Beard encendió la luz y contempló a aquellos desgraciados, sumidos en un sueño mental más que físico, convertidos en unos autómatas por el capricho de unos cuantos fanáticos de una doctrina injusta y arbitraria. Después de unos segundos de reflexión, se acercó a uno de los durmientes y le sacudió por el hombro.

—Ya me levanto, es hora de trabajar —dijo el sujeto.

—Aún no —sonrió Beard. Sacó la pistola de inyecciones, apoyó la boca del cañón en el antebrazo del prisionero y presionó el gatillo.

El hombre le miró sin dar muestras de enojo.

—No estoy enfermo, no necesito ninguna medicina —murmuró con voz sin ningún acento.

—Eso es lo que crees. Descansa, relájate...

El prisionero se tendió de nuevo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Beard.

—Thegon, número...

—No me hace falta el número. No lo vas a necesitar a partir de ahora.

Thegon le miró extrañado. Mientras la droga producía sus efectos, Beard fue de cama en cama, usando la pistola de inyecciones con todos los alojados en el barracón. Al terminar, volvió al mismo sitio.

Thegon se había puesto en pie y miraba extrañado a todas partes.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? —exclamó.

Beard sonrió, a la vez que le ponía una mano en el hombro.

—Te lo explicaré todo —dijo—. Y cuando haya terminado, tú y tus compañeros deberéis ayudarme.

—Sí... Pero, no sé qué hago en este sitio...

Beard empezó a hablar. Poco a poco, se acercaron prisioneros que volvían a la consciencia. Sonaron algunos gritos de cólera. Beard alzó una mano, pidiendo calma.

—Por favor, amigos, tranquilidad. Todavía quedan muchos

prisioneros, de ambos sexos, que deben ser liberados. Thegon, ¿sabes dónde está el cuerpo de guardia?

—Sí. Te acompañaré...

—Muy bien. Vamos, Beryl, quédate y procura calmarlos; regresaremos dentro de pocos minutos.

—De acuerdo —contestó la muchacha.

El cuerpo de guardia se encontraba a cien pasos escasos de distancia. Beard abrió la puerta y encendió las luces, mientras Thegon permanecía en un discreto segundo plano, a fin de no alarmar a los vigilantes.

Había una docena de guardias durmiendo apaciblemente y Beard los despertó con un estentóreo grito:

—¡Hola, muchachos! Aquí os traigo un obsequio del Supremo Rector...

Un minuto más tarde, empezaba a distribuir el vino, en medio de un jolgorio imponente. Media hora después, doce hombres yacían en el suelo, completamente dormidos.

Beard contempló la escena y menó la cabeza.

—La naturaleza humana ha cambiado muy poco en mil años —sonrió.

Salió fuera y palmeó la espalda de Thegon.

—Vuestra esclavitud se ha terminado ya —dijo.

—Si eso fuese cierto... —dudó Thegon.

—Es cierto —confirmó el joven—. A partir de mañana, ya no habrá seres inferiores en Shannaduxia.

—Ummyro tiene guardias...

—No son demasiados, porque la población está gobernada por dos procedimientos que hacen innecesario un número excesivo de policías: el conformismo y el temor. El conformismo se deriva de la superstición de creer a Shannadux como un dios y el temor se deriva de lo que saben los superiores acerca de lo que sucede con los que se rebelan contra el sistema. Tú no sabías qué te había sucedido, ni en qué mundo vivías, ni siquiera qué hacías..., pero ellos si lo sabían y, por dicha razón, los casos de rebeldía eran muy escasos. Saber que una persona puede ser reducida al estado vegetativo, aunque se mueva y trabaje y se aparee con otra del sexo opuesto y se alimente, contiene los ímpetus de los más osados.

—Eso es cierto —convino Thegon, pensativamente—. Cierto día, yo me permití dudar de que Shannadux hubiese obrado acertadamente. A los pocos minutos, se me acercaron dos guardias..., y eso es todo lo que recuerdo.

Beard sonrió, a la vez que le entregaba la pistola de inyecciones.

—Úsala —dijo, después de darle las instrucciones necesarias—. Los guardias dormirán hasta el amanecer. Ah, y no te olvides de

destruir sus bastones paralizantes.

—Lo haré —prometió Thegon—. Y si veo a un guardia que se me acerca con un bastón...

—Tírale una buena pedrada desde lejos —rió Beard.

CAPÍTULO XII

Una hora más tarde, dos cronomóviles se elevaban en la noche, situándose unos trescientos metros de altura sobre el más alto de los edificios y separados entre sí por unos quinientos metros. A los pocos minutos, empezó a producirse una lluvia de papeles blancos.

Mientras arrojaban las octavillas, Beard y la muchacha, cada uno en su cronomóvil, se desplazaban lentamente sobre la ciudad, a fin de esparcir al máximo la insólita propaganda que había ideado el joven. Al terminar, volvieron a reunirse y condujeron sus cronomóviles al punto de aterrizaje.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

Beard miró su reloj de pulsera.

—Son las tres de la madrugada. Antes de las seis, no pasará nada. Te aconsejo eches una cabezadita.

A las seis de la mañana, un ciudadano madrugador encontró un papel en el suelo. Ciertamente, no era el único.

Había papeles por todas partes y todos idénticos. El hombre, lleno de curiosidad, se inclinó, tomó uno y leyó:

> *«Hoy, a las nueve en punto, promulgación de la nueva ley que permitirá en lo sucesivo la ingestión de vino y otras bebidas alcohólicas.*
> *¡Ciudadanos de Shannaduxia! Todos al palacio de la rectoría suprema, a las nueve de la mañana, a disfrutar de la distribución gratuita de vino, ordenada por nuestro amado Rector Supremo.*
> *Ummyro en persona iniciará la distribución, al objeto de dar ejemplo a todos los ciudadanos y mostrar así su complacencia por la derogación de la ley que prohibía las bebidas alcohólicas.*
> *¡No faltes, ciudadano! ¡Acude a felicitar al Rector Supremo!*

Poco a poco, la gente salía de sus casas y se iba enterando de la noticia. A las siete y media de la mañana, Beard y la muchacha empezaron a mezclarse con la muchedumbre que comentaba la inesperada noticia por todas partes.

Algunos guardias intentaron actuar, pero fueron abucheados. Dos de ellos recibieron algunas pedradas. Los prisioneros liberados no fueron los menos remisos en actuar, aunque, siguiendo las instrucciones de Beard, por el momento se abstenían de revelar lo ocurrido en el campamento.

Los tumultos se producían por todas partes, aunque se disipaban rápidamente. Era evidente que la gran mayoría se sentía desconcertada y no acababa de comprender muy bien lo ocurrido. Beard se dio cuenta de que era una situación completamente nueva para los habitantes de Shannaduxia y empezó a pensar que, a fin de cuentas, su idea no era tan buena como había creído en un principio.

Pese a todo, eran muchos los que se dirigían hacia la colina donde Ummyro tenía su residencia. Alex procuró situarse en las primeras filas, junto con la muchacha. Los guardias, no menos desorientados que la multitud, no se atrevían a hacer uso de sus bastones paralizantes. Ahora no se trataba de un caso aislado, sino que eran centenares y aun millares de personas las que gritaban y vociferaban, provocando un escándalo como nunca se había conocido en Shannaduxia.

Al fin, llegaron a las inmediaciones del edificio donde residía el Rector Supremo. Atraído por el alboroto, Ummyro se asomó a una ventana de la fachada y alzo los brazos, pidiendo silencio. La multitud calló momentáneamente. Ummyro declaró que las proclamas en que se anunciaba la distribución gratuita de vino eran una burda calumnia, ideada por alguien que deseaba destruir el sistema y que sería severamente castigado cuando fuese hallado, pero que, a pesar de todo, haría que se distribuyesen algunos barriles de vino de los que, dijo, se conservaban en las estancias destinadas a museo en donde se guardaban objetos e instrumentos de siglos pasados.

—Tendrá cara dura —se sulfuró Beryl al escuchar aquellas palabras—. Barriles de vino en un museo...

—Bueno., como estos desgraciados no los han visto nunca, se lo creerán y se quedarán tan contentos —dijo Beard, filosóficamente.

—Así no conseguirás nada. Ummyro continuará en su puesto y...

—¡Calla! —exclamó él repentinamente.

En aquel momento, Ummyro extendía los brazos en V:

—Queridos amigos —exclamó—, conciudadanos todos, dentro de unos minutos, se os abrirán las puertas del museo y podréis probar el vino y de este modo comprobaréis prácticamente las desgracias que acarrea el abuso del alcohol. Después de esto, volveréis a recordar una vez más las enseñanzas de nuestro Gran Shannadux, el hombre que hizo posible nuestra civilización actual. ¡Sí, nuestro Gran Shannadux, el ser que vivirá eternamente en nuestra memoria...!

Beard no quiso seguir escuchando más. Tiró de la mano de Beryl

y hendió la multitud, lanzándose cuesta abajo a todo correr. Ella le seguía a la fuerza, sin comprender lo que sucedía, hasta que, casi cuando se hallaban ya en las afueras de la ciudad, se detuvo firmemente y, casi sin aliento, le hizo una pregunta:

—¡Alex! ¿Quieres decirme por favor adónde vamos y qué es lo que ocurre? Prácticamente, tenemos ganada la partida..., ¿y es ahora cuando hemos de escapar?

—No escapamos, preciosa —contestó él ceñudamente—. Simplemente, volvemos al pasado.

—Al siglo XX, supongo.

—Te equivocas, al siglo XXVI.

El condenado, los jueces y los guardianes cruzaron la pasarela y llegaron al patíbulo. Uno de los jueces leyó la sentencia y preguntó al reo si tenía algo que decir. Shannadux se adelantó, clamando:

—¡Sí! ¡Quiero decir que lo que he hecho es justo! ¡El mundo pertenece a la raza superior y los débiles deben morir! Yo voy a morir ahorcado, pero mi semilla ha sido sembrada, fructificará y nada ni nadie lo podrán impedir.

Beryl escuchó aquel corto discurso con los ojos muy abiertos. Cuando el condenado se precipitó por el escotillón, se volvió hacia el joven.

—Es... increíble... —dijo—. ¿Cómo lo supiste? Porque antes estuviste con él y luego vimos la ejecución y entonces no supiste reconocerlo...

—Hablamos en tono normal, amistoso..., y nunca le había oído pronunciar un discurso dirigido a la multitud —respondió Beard—. Pero aguarda un momento; espera que se disperse la muchedumbre.

Para evitar ser atropellados por el gentío que se movía enloquecidamente, se refugiaron en un portal. Media hora más tarde, la plaza estaba prácticamente vacía.

El patíbulo había sido convertido en astillas por el populacho enfurecido. Beard avanzó hacia aquel lugar, con el brazo en la cintura de la muchacha.

—Finge encontrarte indispuesta —aconsejó en voz baja.

Beryl apoyó la cabeza en su hombro. Paso a paso, avanzaron hacia los restos del patíbulo. Un poco más allá, un guardia se desplomó fulminado por el virus de Shannadux.

Nadie hizo el menor caso de aquel desdichado. Beard y la muchacha llegaron hasta el lugar de la ejecución.

—Mira —bisbiseó él—. No se ven manchas de sangre.

—Pero... murió ahorcado...

—El gentío se precipitó sobre su cuerpo, para destrozarlo. Lo habrían reducido a pulpa..., y eso deja siempre un rastro de sangre.

—Ahora lo entiendo —murmuró Beryl—. ¿Cómo lo hizo, Alex?

—Hoy mismo se lo preguntaré —respondió él torvamente.

De pronto, se inclinó y agarró un trozo de lienzo negro.

—Mira. La parte inferior del patíbulo estaba rodeada por un telón negro. ¿Lo recuerdas?

Beryl asintió.

—Es cierto.

—Entonces, imagínate el resto... y piensa que entre los que salieron con él al patíbulo había un cómplice por lo menos, un ser de la raza superior. Ahora todo resulta un poco más claro, ¿verdad?

—Sí, completamente claro. Pero ¿qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Espero a estar frente a él y... Mira, mira quién ya allí...

Inocentemente, Beryl volvió la cabeza. Beard aprovechó la ocasión para apoderarse de la pistola del guardia que acababa de morir. Beryl se volvió irritada hacia el joven.

—No he visto a nadie —exclamó.

—Oh, me pareció Fred Castor..., pero esta vez no nos alojaremos en su casa —sonrió Beard.

* * *

—¿Cómo? ¿No hay noticias del capitán Tisley? ¿Aún no ha vuelto del siglo XXX? Está bien, avíseme apenas haya regresado... Gracias, teniente...

Ummyro abandonó su despacho y pasó al salón contiguo, procurando dominar la furia que sentía por los acontecimientos ocurridos. De pronto, se detuvo en seco, al ver a un hombre parado junto a la mesa, con dos copas de vino en las manos.

—¿Un traguito? —dijo Beard jovialmente.

Ummyro se puso rígido.

—Si estás aquí, es que mi agente ha muerto...

—Sí, aunque no lo maté yo —contestó Beard—. Es decir, si te refieres al segundó, porque el primero, Edith Kaythan, se siente muy satisfecha en el siglo XX y se ya a quedar allí definitivamente. Pero eso, en cierto modo, no es demasiado importante. Hay otras cosas de importancia muy superior.

—¿Por ejemplo?

—Las invocaciones a Shannadux, fundador de esta civilización, a quien todo el mundo cree muerto, cosa absolutamente inexacta. Shannadux vive, predicando y propagando sus nefastas doctrinas que, en su mayor parte, aplica en beneficio propio.

Ummyro se echó a reír.

—Vamos, dime dónde está nuestro Gran Shannadux y te daré lo que me pidas...

—No disimules. Shannadux eres tú. Y la civilización que creaste,

por más que no lo parezca, empieza a desmoronarse. Los prisioneros condenados a vegetar están ya libres y son seres normales, no inferiores ni superiores, sino simplemente personas, con todo lo que significa esta simple palabra. Los ojos de este pueblo empiezan a abrirse y son muchos, y cada vez serán más, los que se darán cuenta del monstruo engaño de que han sido objeto durante muchísimo tiempo. Shannadux eres tú y tenías un cómplice al pie del patíbulo, aparte de los que pudieran estar en la plataforma, con la ayuda de los cuales pudiste ganar el cronomóvil con el que huir a aquella época, tras la ejecución fingida. Si, pasaste por muerto y todos lo creen así, y tal vez no se propaló el engaño, porque conociéndote un poco, es muy posible que asesinases a tus cómplices, para conseguir el silencio tan necesario a tus planes.

»Tus secuaces, lógicamente, al sobrevivir, veneraron tu memoria a través de los años, hasta que un día, llegaste bajo otra personalidad, y poco a poco, fuiste escalando puestos y lograste alcanzar el de Rector Supremo, para saciar así tu egolátrica ansia de poder y de mando absolutos. Shannadux, ¿te imaginas lo que sucedería si la gente conociera la verdad?

Los ojos del hombre brillaron demoníacamente.

—¿Cómo has llegado a saberlo? —preguntó.

—Cuando te llevaban a la horca, tenías pelo y ahora tu cabeza está completamente monda. Pero la voz, los ademanes, el tono declamatorio…, lo mismo el día de la ejecución, que hoy cuando te dirigías al gentío alborotado, son los mismos, no han cambiado en cuatrocientos años. Y yo he estado presente en ambas ocasiones: en la ejecución y en el discurso que dirigiste esta mañana a la multitud. Shannadux no murió, está vivo, infernalmente vivo.

Shannadux sonrió malignamente.

—Los cronomóviles son un gran invento —dijo—. Permiten prolongar la existencia…

—Permiten trasladarse en el tiempo, pero la edad de tu cuerpo no sufre alteraciones, salvo las lógicas de la línea temporal en que se mueve. Ahora tienes setenta y cinco años…

—Sí, y he descubierto una época en donde ya se ha conseguido una edad media de cuatrocientos años. Me trasladaré allí, como hice después de la ficticia ejecución, y un día, dentro de cuarenta y cincuenta años, cuando me hayan olvidado, volveré, rejuvenecido y con otro nombre…, y volveré a dominar a las gentes.

—Para que sigan esclavizados.

—Si lo prefieres así… Y no serás tú quien lo impida, créeme. Hubiera retrasado mi marcha al futuro algunos días, pero, después de haber hablado contigo, no quiero correr riesgos.

Súbitamente, Shannadux agarró un jarrón y lo arrojó contra

Beard. El joven retrocedió, tropezó con una silla y cayó al suelo.

Shannadux corrió hacia la terraza, en la que se divisaba un cronomóvil. Beard, desde el suelo, sacó la pistola y tomó puntería.

La bala alcanzó su blanco justo cuando Shannadux presionaba la tecla de EN MARCHA. Hubo una tremenda explosión, con un vivísimo fogonazo, y un cuerpo saltó destrozado a las alturas. Los cristales se rompieron y se astillaron algunos muebles. Beard quedó aturdido en el suelo unos segundos, aunque se recobró con la suficiente rapidez para salir de la residencia antes de que llegaran los primeros guardias, atraídos por el tremendo estampido.

* * *

—¿Y ahora? —dijo Beryl.

Con las manos juntas, caminaban por una amplia avenida, en dirección al campo. Beard vio rostros distintos, más animados, con una expresión muy distinta de la que había visto en anteriores ocasiones. Incluso se percibía una mayor viveza en los gestos y ademanes.

—Ahora, aunque muy lentamente, por supuesto, las cosas empezarán a cambiar. No pudimos evitar la matanza del siglo XXVI, pero sí hemos evitado que haya más esclavos en este siglo y a partir de esta fecha. Thegon conoce toda la historia y la divulgará entre sus amigos y los que estaban con él prisioneros. Poco a poco, la verdad se abrirá paso y llegará un día en que el nombre de Shannadux sea execrado y maldito por los siglos de los siglos.

—Muy bien, ha salido todo mucho mejor de lo que esperábamos. Supongo que nosotros dos, ahora, nos volvemos a nuestra época.

—Eso es, preciosa. Por cierto, ¿estás comprometida?

—No, pero me gustaría comprometerme contigo —respondió Beryl con toda desenvoltura—. Y si tienes algún compromiso, olvídalo...

—A menos que olvide el que acabamos de establecer...

—Oh, no, ni mucho menos. Te sacaría los ojos, Alex.

—¿Celosa?

—Moderadamente.

—Eso me gusta, preciosa. Soy un poco machista, ¿sabes?

—Pero no te pases.

—Descuida.

Súbitamente, Beryl lanzó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Álex, nos hemos olvidado de una cosa

Delante de ellos, caminaba una pareja, hombre y mujer, charlando animadamente. De pronto, el hombre estornudó con fuerza varias veces.

—¡Maldito constipado! ¿Cuándo inventarán una medicina que cure los catarros y los constipados definitivamente?

Beryl se echó a reír. Volviéndose hacia el joven, dijo:

—Alex, tampoco en el siglo XXX han inventado ese medicamento maravilloso —dijo—. Eso era lo que nos habíamos olvidado, pero ahora ya sabemos que es una enfermedad incurable, salvo en la forma clásica.

—Bueno, el siglo XX y los venideros no se hundirán por los catarros de la gente —dijo él, flemático—. Otras cosas mucho peores sucederán y no podremos evitarlas, porque serán la historia de la humanidad. Mientras tanto, dispongámonos a vivir nuestra propia y pequeña historia de la mejor manera posible, procurando que nuestro futuro sea apacible y dichoso.

—Así sea, Alex —contestó Beryl, llena de fe en el porvenir.

F I N